

POESÍAS

ANACREÓNTICAS

I. — Á MI LIBRO.

Díme : ¿ dónde caminas
Tan solo y confido,
Sin protector alguno,
Librillo desdichado ?

¿ En qué elegancia fias
Tu aprecio y tu despacho ?

¿ Qué crítico piadoso
Te aseguró el aplauso ?

Cuando en ti contuvieses
Los versos que cantaron

Con sonoras lirás

El Píndaro y Horacio,

De Mevios y de Zoilos

No pudieras librarlos,

Pues aun al propio Homero

Se le atrevió Aristarco.

Siendo esto así no temas

El verte censurado,

Que no es toda censura

Prueba de que eres malo ;

Y mas en este tiempo,

Que en la corte de Cárlos

Son muchos los que juzgan,

Mas los que aciertan raros.



II. — Á MI MUSA.

Saldrás á ver la corte,
 Oh inquieta Musa mia;
 Mas pues así lo quieres,
 Oye mis profecías :

Parará en las manos
 De aquellos que critican
 Sin leer todas las obras,
 Y al punto las arríman.
 Despues irás á aquellos,
 Que en su verso querrian
 Ver armas, gaitas, muertes,
 Chanza y melancolías.

Los necios presumidos,
 Leyendo lo que digas,
 Dirán muy satisfechos :
 Esto yo me lo haria.

Los soberbios letrados,
 Que solo horror fulminan,
 Dirán : ¡ que haya quien gaste
 El tiempo en niñerías !

Darás en las tertulias
 Gusto á unos, á otros risa;
 Y álguien dirá : ¿ es acaso
 Ciencia la poesía ?

Mas aunque eres humilde
 De los doctos confía,
 Aunque no con aprecio,
 Que con piedad te admitan.

Tambien, ¡ oh favor grande !
 Entre sus almohadillas
 Fia, que albergue amable
 Te den las madamitas.

Sólo para con estas
 Llevas permision mia
 De dar satisfacciones,
 Si acaso te replican.

Dílas que tú sus gracias
 De cantar no te olvidas,

Su beldad, el cortejo,
La blonda ó la basquiña.

Di que tengan paciencia,
Y en fin, oh Musa, dilas,
Que como ellas te apoyen,
Lograste ya tu dicha.

Esta será tu suerte,
Y así nunca me digas,
Cuando mal te suceda,
Que no fuiste advertida

III. — MOTIVO DE ESCRIBIR MI OBRA

Yo á cantar me aprestaba
Las armas españolas,
De Cortés y Pizarro
Las ínclitas victorias.

Á nuestro ardor sujetos
Los reinos de la aurora,
Las gentes dominadas,
Las tributarias flojas.

Al Córdoba excelente,
Y al Cevállos, que ahora
Del portugues en Indias
Conquistó las colonias.

Al atrevido Aranda,
Que cuando á Almeida toma,
Con sus triunfantes armas
Puso espanto á Lisboa.

Al gran Cárlos Tercero,
Que mandando sus tropas
Dei sabeto la orilla
Manchó con sangre roja.

Pero la musa... tente,
Me dijo imperiosa,
Muchacho temerario,
¿ Á cuál golfo te arrojas?

La avilantez repites
Del que con furia loca,

Con derretidas alas
 Dió su nombre á las ondas.

Muy débil es tu aliento
 Para atronar con ronca
 Voz el orbe al estruendo
 De la guerrera trompa.

Sólo á cantar alcanzas
 Tu pasion amorosa,
 Las damas de la corte
 Sus lazos y sus cofias.

Mas si aspirar pretendes
 Á empresas mas heroicas,
 Limpia á Madrid del vicio,
 Cual Juvenal á Roma.

Con satírico verso,
 Que al suyo contrapongas,
 Ridiculiza el vicio,
 Y haz la virtud famosa.

Destierra el ocio infame,
 Y extravagancias todas,
 Á que por su capricho
 Los hombres se abandonan.

Sólo así serás digno
 Del cristal de Beocia,
 Y así sólo en Parnaso
 Se adquiere la corona.

IV. — AVENTURA

Era yo pequeñito,
 Y aun no contaba un lustro,
 Cuando llegué jugando
 Á un romeral inculto.

Allí la blanca rosa,
 Allí el clavel purpúreo,
 Y el lirio azul formaban
 Paraíso segundo.

La Primavera y Flora
 De exquisito dibujo

Tendieron sobre el suelo
Tapetes amatuntos.

Las flores y cantueso,
Tomillo y sérpil mustio,
Perfumes evaporan
Hinchendo el aire puro.

Sobre laureles nobles
Alternan por su turno
Las tórtolas quejidos,
Las palomas arrullos.

Aquí yo fatigado
Una siesta de julio
Me recosté á la sombra
De un arrayan fecundo.

Dormídome hube apénas,
Cuando del valle oculto
De abejas un enjambre
Á mí se viene junto.

Unas se me pusieron
Sobre mi rostro pulero,
Que entónces no cediera,
Ganimédes, al tuyo.

Otras sobre las manos
Y sobre el pelo rubio,
Y otras colmena hicieron
Mis labios rubicundos.

Allí un panal fabrican,
Y yo entre sueños chupo
Goloso la miel nueva,
Y el paladar endulzo.

Despiértanme las aves
Con su blando susurro ;
Y cantar dulcemente
Desde entónces procuro,

No las terribles armas
De Marte furibundo ;
Mas sí de amor y Vénus
El regocijo y gusto.

V. — LOS DOS NIÑOS.

Era yo niño, cuando
 Por un bosque vagando,
 Hallé otro niño hermoso,
 Que alegre y presuroso
 Se acerca, y abrazóme ;
 Un dulce beso dióme,
 Y halagüeño á mi oído
 Dice : yo soy Cupido,
 Hijo de Marte y Vénus.
 Mi ciencia te interpreta
 Que serás gran poeta,
 Pero mayor amante,
 Y así nunca te espante
 Acometer osado
 Al mas alto imposible,
 Pues te será accesible
 Si de ti soy cantado.
 Yo, triste, confiado
 De sus voces traidoras,
 Cuerdas pulsé sonoras.
 Al númen engañoso
 En verso numeroso
 Celebré reverente,
 Y amé á Dorisa luego ;
 Pero en vez del sosiego
 Que esperé vanamente,
 Hallé fatiga y penas,
 Prisiones y cadenas.
 En doloroso acento
 Á solas me lamento
 Del niño aleve y doble :
 Pues yo obré como noble,
 Y él como fementido :
 Yo cumplí mi palabra,
 Y él no me la ha cumplido.

VI. — EL NIDO DE AMOR.

El hijo de Vénus,
 El falso Cupido,
 Entróse en mi pecho
 Cuando era yo niño.

Los ojos cubria
 De un volante sirio,
 Aljaba en el hombro
 Sonaba con tiros.

Batió sus alitas
 De luces y visos,
 Y al lado siniestro
 Fabrica su nido.

Allí se me esconde,
 Y allí es su retiro :
 De Chipre se olvida,
 De Páfos y Gnido.

Pero en tales fuegos
 Ardió el pecho mio,
 Que abrasó sus alas :
 Volar no ha podido.

Yo mísero, lloro,
 Lamento y le digo :
 ¿ Qué placer encuentras,
 Aleve Cupido ?

Ó bien afrentado,
 Ó ya compasivo,
 Lleva tus incendios
 Á lugar mas digno.

Hiere á los que nunca
 Rindió tu dominio ;
 Que apenas soy sombra
 De lo que ya he sido.

Y si tú me pierdes
 (Déjame decirlo),
 ¿ Quién habrá que ensalc
 Tus hechos invictos ?

Este acento débil,
 Este canto mio,

Es la mayor gloria
 Que tienes, Cupido.
 Con ellos aplaudo
 Los ojos y rizos,
 La mano tornátil,
 El pié pequeñito,
 Le boca fragante
 Y el hablar divino
 De la ninfa mía ;
 Y así, hermoso niño
 Esfuézzate, y vuela
 Á pechos altivos,
 Y rinde los héroes ;
 Que yo ya me rindo.

VII. — EL SUEÑO.

Hay una gruta
 En la olorosa
 Alcarria umbrosa,
 Entre zarzales
 Y peñascales
 De humilde arroyo
 Que en sus honduras
 Suena aguas puras,
 Y coge el Árlas
 Para llevarlas
 Al rico Tajo,
 Que está allá abajo.
 La gruta enfrían
 Los cefirillos,
 Que entre tomillos
 Vagan soplando.
 Muy trasparente,
 Casi á la entrada,
 De agua filtrada
 (La cual sesuda
 La peña ruda)
 Poza ha formado
 El destilado

Humor deshecho,
 Que desde el techo,
 Cayendo grato
 De rato en rato,
 Forma sonido
 Blando al oído,
 Y hace pompillas
 En las orillas.

 Á guarecerme
 De ardiente siesta
 Niño y cobarde
 Llegué una tarde,
 De angustia lleno
 Y acalorado.
 Llevé en el seno
 Diversas flores
 Que dan olbres ;
 Y recostado
 Con pueril ceño,
 Suave sueño
 Me dejó en calma
 La dóbil alma ;
 Las florecitas
 De las manitas
 Se me cayeron.

 Luego vinieron,
 Trayendo corvas
 Largas tiorbas
 Las nueve hermanas
 Niñas lozanas,
 Muy amorosas.
 Rojos claveles,
 Lirios y rosas,
 Forman caireles
 Al pelo de oro ;
 Que con decoro
 Esconde á trechos
 Los albos pechos
 Como la nieve.
 Arrullo leve
 De la que alterna
 Tórtola tierna

Oigo, y suspiro,
 Y en sueño miro
 Que las doncellas
 De flores bellas
 Me dan corona,
 Y de Helicon
 Y Aonia fuente
 Bañan mi frente
 Erato hermosa,
 Que á Vénus canta
 Con gracia tanta,
 Su dulce boca
 Une á la mia,
 Y allí imprimia
 Ardiente beso,
 Con muy travieso
 Abrazo junto.
 Desde aquel punto
 Quedé inflamado
 Y enamorado
 Súavemente.
 Iras y horrores
 Del fiero Marte
 Vayan aparte ;
 Sólo la risa
 De mi Dorisa,
 Y el cerco ondoso
 De oro precioso
 Que orna su frente,
 Y la hermosura
 Celeste y pura,
 Que absorto admira
 El universo,
 Canta mi verso
 Suena mi lira.

VIII. LA BARQUERILLA

En la olorosa,
 Áspera Alcarria,

Antes que el Tajo
 Reciba al Árlas,
 Corriendo lentas
 Sus verdes aguas
 En un remanso
 Hay una barca.
 No la que ofrece
 Zorita la alta,
 Que al trato sirve
 De puente vaga;
 Sino en la selva
 Mas solitaria,
 Con cañamares,
 Nogueras anchas,
 Sabina, enebro,
 Junco y retamas.

Llegué aquí el día
 Que en Libra iguala
 Cintio las horas,
 Y él tramontaba.
 Vi una barquilla
 Muy adornada
 Con gallardetes,
 Tendal y várias
 Flores, que penden
 Haciendo sartas
 Una barquera
 Hallé bizarra,
 De pocos años
 Y muchas gracias.
 Sola y dichosa
 Cantando estaba,
 Libre de penas,
 De envidia y saña.
 La barca piso,
 Que desamarra,
 Y á la maroma
 Va la zagala.
 Cógela pronto
 Con tierna palma,
 Y el pié siniestro
 Luego adelanta :

Gracioso zuño
 La hermosa cara
 Pone, y á fuerza
 La tierra aparta.
 Tanto silencio,
 Modestia tanta,
 Me deja absorto
 Mas que sus gracias;
 Ni á hablar me atrevo,
 Que aunque sin armas
 Temor inspira
 La virtud santa.
 Mas cuando el medio
 Camino falta,
 Veis numerosa
 Sonora banda
 Que de perdices
 Atravesaba.
 No me detengo,
 Pongo á la cara
 Mi arcabuz, tiro,
 Cae una al agua :
 La misma sesga
 Corriente mansa
 La va trayendo,
 Y ella la alcanza.
 Ninfa, la dije,
 De esta comarca :
 Mi don ensalcen
 Las circunstancias,
 Y aunque pequeño
 Mirale grata,
 Que acaso ofrezco
 Tambien el alma.
 Ella modesta
 Y avergonzada,
 Tiñó la nieve
 Con escarlata,
 Y agradecida
 Paró la barca.
 Las puras ondas
 Su curso paran;

El rico Tajo,
A quien la Alcarria
No le ve anciano
Cual Lusitania,
Sino que jóven,
Sobre pizarras
Y entre albareñas
Olivas marcha,
Envidioso
La frente alzaba,
Que balsaminas
Se la enguirnaldan.
Cuando á mi ruego
La vi ya humana,
Dije : si gustas,
Barquera, canta.
Cantó..... Fecundo
Bosque de Pálas,
Junqueras verdes,
Silvestres cañas
Que el eco oisteis
De mi serrana,
Su melodía,
Donaire y gracia :
Decid si oyeron
Duliquias barcas
Tanto á sirenas
Sicilianas.
Las soledades
De aquella estancia,
La sombra oscura
Que se adelanta,
Fresco favonio,
Mareta blanda,
Y el manso arrullo
Que entre espadañas
Forman las olas
De aquellas playas ;
Todo suspende,
Todo arrebatá :
Naturaleza
Padece calma.

Cantó las selvas
 Y sus ventajas.
 Con voz sonora
 Y regalada.
 Cantó la pompa
 Fugaz y vana
 De la opulenta,
 Soberbia Mantua.
 Yo, á quien hechiza
 Dulzura tanta,
 Dije : Barquera,
 ¡ Oh! si duraran
 Navegaciones
 Tan fortunadas,
 Para que juntos
 Fuéramos hasta
 Do no bararon
 Quillas hispanas!
 Cupido mismo
 Sentado en la alta
 Popa, la nave
 Nos gobernara.
 Vénus en rica
 Concha de nácar,
 Ó Galatea
 Sobre las aguas
 Te juzgaria;
 Mas débil aura
 Ya el leño en esta
 Ribera encalla.
 Salto á la tierra
 No deseada,
 Cuando la noche
 Del cielo baja.
 Adios, Barquera,
 Dije, gallarda :
 Adios... Y al labio
 La voz le falta.

IX. — SÚPLICA DESPRECIADA

Erato, dulce musa,
 Que con sonoras voces
 Cantas del ciego niño
 Delicias y rigores :
 Dictame aquellos versos,
 Que al son de lira acorde,
 Modulaba festivo
 El tuyo Anacreonte.
 Así dije, y la ninfa
 Con agrado escuchóme ;
 Mas Cupido la mira,
 Y el pérfido rióse.
 De este amante, la dijo,
 Me alegran los dolores ;
 No permitas que cante,
 Yo le mando que llöre.

X. — EL ARROYO.

Vagaba por los móntes
 Un arroyuelo humilde.
 Jamas acostumbrado
 Á salir de su linde.
 Viniéronle deseos
 De ver el mar horrible,
 Movido de las cosas
 Que de él la fama dice,
 Y con ocultos pasos,
 Entre espadaña y mimbres,
 Hizo que por el valle
 Sus aguas se deslicen ;
 Ya que llegó á la orilla
 Que las ondas embisten ;
 Los peligros le asustan,
 Los golfos y las sirtes.

Y cuando ver creía
 Palacios de viriles,
 Y en trono de corales
 Neptuno y Anfitrite,
 Halló las bramadoras
 Tempestades terribles,
 Cadáveres y tablas
 De naves infelices.
 Atras volver el paso
 Quiso; pero lo impiden
 Erizados peñascos,
 Móntes inaccesibles.
 Sin amparo en la tierra,
 El de los cielos pide :
 ¿ Hubo marinos dioses
 Que él no invocase humilde?
 Pero á su ruego sordos
 La súplica no admiten ;
 Que haber suele ocasiones
 En que el llanto no sirve.
 Así sucede al hombre,
 Que su quietud despide,
 Y á los vicios se entrega
 Que halagüeños le brinden.
 Que al verse aprisionado
 Entre pasiones viles.
 Salir intenta cuando
 Salir es imposible.

XI. — FUGA INÚTIL.

Armaba Amor el arco
 Para con él tirarme ;
 Yo en fuga presurosa
 Evitaba su alcance.

Y cuando me creía
 Seguro, por los aires
 Vino un dardo, y mi pecho
 Pasó de parte á parte.

Rióse Amor, y dijo :
 Necio, huir es en balde,
 Que mis flechas alcanza
 De poniente á levante.

XII. — CANTO A DORISA.

Busca, busca, Pizarro,
 Quien tu aliento bizarr
 Celebre dignamente
 Al son de la trompeta ;
 Busca, busca poeta,
 Que tus hazañas cuente,
 Y á todo el mundo asombre
 Con tu famoso nombre ;
 Porque yo no me atrevo,
 Ni puedo enfurecerme
 No me transporta Febo ;
 Vénus y Amor me influyen,
 Tus triunfos se me huyen
 Y no me arrojo á tanto
 Mi voz es tierno llanto ;
 Busca pues quien te cante,
 Que yo á Dorisa canto.

XIII. — Á DORISA.

Yo por region tranquila
 Libre me paseaba,
 Cuando encontré á Cupido
 Armado con la aljaba.
 Al punto al arco toma,
 Y contra mí dispara
 Con sinrazon aleve,
 Con cólera inhumana.
 Yo del rigor huyendo,
 Ya en el bosque me entraba,

Ya formaba mi escudo
 De peñas y de ramas :
 Fugitivo, acosado,
 Vine á dar donde estabas,
 Dorisa, cuyos ojos
 Me hirieron en el alma.
 No sé qué nuevo hechizo
 Tuvieron tus miradas,
 Que el riesgo que iba huyendo
 Ya le solicitaba ;
 No escapé á tus ojuelos,
 Aunque escapé á las jaras,
 Y así huyendo del fuego,
 Vine á dar en las llamas.

XIV. — AMOR ALDEANO.

Hoy mi Dorisa
 Se va á la aldea,
 Pues se recrea
 Viendo trillar.
 Sígola aprisa :
 Cuantos placeres,
 Mantua, tuvieres,
 Voy á olvidar.

Que ya no quiero
 Mas dignidades :
 Las vanidades
 Me quitó Amor.
 Ni fama espero,
 Ni anhelo á nada ;
 Sólo me agrada
 Ser labrador.

Voy amoroso
 Para servirla,
 Quiero seguirla
 Por donde va.
 Verá el hermoso
 Trigo amarillo,

Luego en el trillo
Se sentará.

Yo iré con ella,
Y el diestro brazo

En su regazo
Reclinaré.

La ninfa bella
Me dará vida

Agradecida,
Viendo mi fe.

De esotros trillos
Que estén mas léjos

Los zagalejos
Me envidiarán.

Mil cupidillos,
Viendo á la bella,

En torno de ella
Revolarán.

Yo alborozado
Con dulces sonos,

Tiernas canciones
La cantaré.

Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga,

Que con mi amiga
No aliviare.

XV. — Á LOS OJOS DE DORISA.

Ojos hermosos
De mi Dorisa :

Yo os vi al reflejo
De luces tibias.....

¡ Noche felice,
¡ No te me olvidas!

Turbado y mudo
Quedé á su vista,

Susto de muerte
Me atemoriza,

Y sólo huyendo
Pude evadirla.

Ojos hermosos :
Yo así vivía,
Cuando Amor fiero
Gimió de envidia.
Quiso que al yugo
La cerviz rinda,
Y os me presenta
Con pompa altiva
Una mañana,
Cuando ilumina
Febo los prados
Que abril matiza.
Vi que con nuevas
Flores se pinta
El suelo fértil,
La cumbre fría :
Los arroyuelos
Libres salpican,
Sonando roncós,
La verde orilla :
Gratos aromas
El viento espira,
Cantan amores
Lasavecillas.

Ojos hermosos :
Yo me aturdía,
Cuando me ciega
Luz improvisa,
Con mas incendios
Y mas ruínas
Que si centellas
Júpiter vibra.
Nunca posible
Será que diga
Que pena entonces
Me martiriza.
¡ Qué feliz era,
Qué bien hacía
Mientras huyendo
Sus fuegos iba !

¡ Ojos hermosos !
 Si conocida
 Á vos os fuese
 Vuestra luz misma,
 Ó en el espejo
 La reflexiva
 Tanto mostrara,
 Conoceriais
 Qué estrago al orbe
 Se le destina,
 Bien con enojos,
 Bien con delicias.
 ¡ Ay, cómo atraen,
 Cómo desvían,
 Cómo sujetan,
 Cómo acarician !
 Piedad, hermosas
 Lumbres divinas,
 De quien amanto
 Os solemniza.
 Y si á mi verso
 La suerte amiga
 Da que en el mundo
 Durable exista,
 Aplauso eterno
 Haré que os siga,
 Y en otros siglos
 Daréis envidia.

XVI. — Á DORISA, EXHORTÁNDOLA AL ESTUDIO
DE LA POESÍA.

Dorisa, si pretendes
 Aplauso y fama eterna,
 Á obsequios de las mus
 Tus años encomienda.
 Estas dulces, afables,
 Bellisimas doncellas,
 Harán que de la muerte

Siempre vivas exenta.

Ellas dan regocijo,
Y el consuelo franquean :
Ellas dan el descanso,
Y el júbilo dan ellas.

La gracia y el donaire,
La voz y la belleza,
Los años lo arrebatan,
Y á no volverlo llevan.

Pero á los dulces versos,
Y sonoras cadencias,
Del arte producidas,
El tiempo no hace mella.

Del alto Guadarrama
Las rocas y las breñas
Verás faltar primero,
Que estos versos perezcan.

Fué Safo la mas docta
De las muchachas lesbias,
Y si no mas horrible,
No fué la ménos fea.

No obstante por sus versos.
Empezó vida nueva,
Despues del precipicio
De la léucada peña.

Viviendo la burlaban,
Muriendo la celebran,
Por ser grande en el númen
La que en cuerpo pequeña.

No la fealdad sola,
Mas la misma belleza
Al valor de la musa
Rendida se confiesa.

Hermosa fué Corina
Entre las damas griegas,
Y en nuestra edad ninguno
De su beldad se acuerda.

Pero celebran todos,
Que en métrica contienda
Triunfó por cinco veces
Del Pindaro de Tébas.

Marchitarán los años
Tu juventud risueña ;

Pero borrar los versos
Al tiempo se le veda.

Vivirás celebrada
En la edad venidera,
Y no como á los necios
Te ocultará la tierra.

No son á las mujeres
Imposibles las ciencias;
Nicostrata responda,
Sabá é Hipsicratéa.

Ánimo pues, hermosa,
Tu sígueme, y no temas;
Remóntate conmigo,
Y hasta el Parnaso vuela.

XVII. — EL PREMIO DEL CANTO.

Dáme la limetilla
Con el Pedro-Jiménez,
Dorisa, si me pides
Que tu años celebre.

De este néctar los dioses
En sus convites beben,
Y en copa de oro á Jove
Le sirve Ganimédes.

Este licor suave
Da favores alegres,
Disipando del alma
Inquietudes crüeles.

Este licor el númen
Para cantar enciende;
Y así, miéntas de rosa
Me coronó las sienas,

Y añado cuerdas de oro
Á la lira luciente,
Para que el plectro dócil
Son delicado preste;

Dorisa, si me pides
Que tus años celebre,

Dáme la limetilla
Con el Pedro-Jiménez.

XVIII. — GRATO RECUERDO.

¡ Noche postrera
Del mes de marzo,
Que última fuiste
De mis trabajos !
Todo tu giro
Yo desvelado
Ni envidié el sueño,
Ni su descanso.

¡ Noche dichosa !

Tengo jurado
De venerarte
Todos los años,
Para memoria
De bien tan alto,
Y agradecido
Daré holocausto.

Una cordera
Yo te consagro,
Que entre las altas
Yerbas del prado
Crece con brinco
Y retozando :
De adormideras
Y de mastranzos,
Tobas y murtas
Te la enguairnaldos.

Vosotros finos
Amartelados,
Que ser felices
Vais esperando ;
Cuando tal noche
Llegue, alegraos,
Y aun obligadla
Con el encanto

Para que os traiga
Propicios hados.

Yo á sus tinieblas
Prometo, en tanto
Que el cielo oscuro
Doren los astros,
De celebrarlas
Con himno sacro ;
Pues ellas fueron
Las que premiaron
Una esperanza
De muchos años,
Con las delicias
Que gozo y callo.

XIX. — DISCULPA DE UN ERROR.

Niña, mal haya
Mi vida siempre,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

Fulmine el cielo
Rayos crüeles,
Y el mar en ondas
Fiero me anegue.

Los elementos
Tu injuria venguen,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

Tenme por hombre
Falaz y aleve,
Nunca me juzgues
Por inocente ;

Jamas tus ojos
Mire yo alegres,
La luz que al orbe
Le dan, me nieguen ;

En tu desgracia
Eternamente,
De ti apartado,

Muriendo pene;
 Nunca sin odio
 De mí te acuerdes,
 Si yo lo dije
 Por ofenderte.

XX. — AMANTE FELIZ.

Venci, venci, Cupido,
 Madre Vénus, Amores,
 La celestial Dorisa
 Ya por fin apiadóse.
 Ceñidme de guirnaldas,
 Coronadme de flores,
 Y deshojad los mirtos
 Sobre mi frente jóven.

Yo vi los claros ojos
 Vibrando resplandores,
 Que entre negras pestañas
 Amorosos se esconden.

Yo vi la hermosa boca,
 Que respiraba ardores
 Y fragantes aromas
 Y el néctar de los dioses,
 Pronunciar entre perlas
 Suavísimas razones,
 Que el pecho me colmaron
 De un consuelo sin nombre.

Dichosas mis fatigas
 Y mi ardimiento noble,
 Que merecer pudieron
 Tan ricos galardones.

No, Aurora, te apresures
 Á humedecer los móntes,
 Ni á Febo le permitas
 Que con su luz los dore.

Haz que su carro vuelque
 Y dilate la noche,
 Y eternamente cubra
 De tinieblas el orbe.

No desveles tan presto
 Á los cansados hombres ;
 Deja que ellos sosieguen,
 Y que un amante goce.

XXI. — EL VINO DULCE.

Vénus y Baco un día
 Quisieron que yo apure,
 Ella sus confituras,
 El otro sus azumbres.

Cada cual á su bando
 Procura que me junte :
 Yo dije, que ninguno
 Tomase pesadumbre.

Que á entrambos serviria
 Con mil solicitudes ;
 Y porque ni Dione
 Ni Bromio se disgusten,
 Ser goloso y beodo
 Es cosa que me cumple ;
 Y así, beberé vino,
 En siendo vino dulce.

XXII. — LA VIDA POLTRONA.

Ahora que he comido
 Aun mas que troglodita,
 Y como un sibarita
 Ó un tudesco he bebido,
 Y el cielo oscurecido
 En el diciembre helado
 Tiene el suelo mojado,
 Y la tarde es pesada,
 Y el teatro me enfada
 Por tanto desatino,
 Échame otra vez vino,
 Y tiéndeme la cama,

Muchacha remolona,
 Y sobre mi persona
 La manta palenciana
 De veinte y cinco libras
 (Que es tara de mosquete),
 Y desde el pié al copete
 Envuélveme, chiquilla.
 El llover me molesta,
 Y dormiré una siesta
 Poltrona á maravilla.
 Y si algun majadero
 Viene, no hay que llamarme ;
 Que despertar no quiero
 Sino para acostarme.

XXIII. — TODAS MERECEAN.

Agrádanme las feas
 Porque son agradables,
 Y las que son hermosas
 No es mucho que me agraden.

Me gustan las morenas,
 Que son algo marciales,
 Y las blancas, que tienen
 El rostro como un ángel.

Las de los ojos negros
 Con imperio me atraen,
 Y los ojos azules
 Son ojos celestiales.

Me encanta el rubio pelo
 Al oro semejante,
 Y el negro, que en los hombros
 Cándidos se dilate.

Son para mí heroínas
 Si son altas y grandes,
 Y damas señoritas
 Las que no fuesen tales.

La gruesa me parece
 Matrona respetable,
 Y ninfa delicada

La que es un poco grácil.
 Que el ser de buen contento
 Es cosa muy loable,
 Segun dicen antiguos
 Filósofos morales.
 Por eso todas ellas
 Logran enamorarme ;
 Y ¿ veis cómo soy hombre
 Prudente y razonable?

 XXIV. — GOCEMOS HOY.

Hernando, si la vida
 Es círculo tan breve,
 Que apenas se comienza
 Ya vemos que fenece ;
 Si el día que se pasa
 Jamas al mundo vuelve,
 Ó bien se llore triste,
 Ó bien se goce alegre ;
 Si los graves cuidados
 Aceleran la muerte,
 Y sólo sabe huirlos
 Quien como tú es prudente ;
 Merezca tu desvelo
 Lo que enmendarse puede ;
 Y de lo inevitable
 Ni aun quiero que te acuerdes.
 Brindemos dulces vinos
 En plácidos banquetes,
 Y con laurel y yedra
 Coronemos las sienas.
 Despues de haber bebido
 La cítara se temple,
 Y cantemos sūaves
 Amores y desdenes.
 Recibe á la fortuna
 Si á tus umbrales viene
 Mas no para alcanzarla
 Te afanes y desveles.

Pues es virtud y fuerza,
 Mostrar ánimo alegre
 En las adversidades
 Que remediar no puedes.

XXV. — TODOS SON LOCOS.

Burla y desprecia el j6ven
 Los juegos de los ni6os,
 Y ya varon se rie
 De lo que j6ven hizo.

Estos al viejo insultan
 Rezador y aburrido,
 Que en su dict6men terco
 No se allana 6 sufrirlos.

Ninguno se retracta;
 Y yo en discordia digo,
 Que todos razon tienen,
 Que todo es desatino.

XXVI. — CORTO PODER DE LOS HOMBRES.

Dime d6nde se oculta
 El dia que se pasa,
 Con qu6 llave se encierra,
 6 si es de bronce el arca;
 6 dime, si t6 sabes,
 Con qu6 m6quina 6 trampa
 Se suspender6 el curso
 Que nuestra vida acaba;
 6 si con cien millones,
 6 con mas, si no bastan,
 Retardar6 su golpe
 La muerte sobornada.

Si con dinero 6 letras
 Se puede hacer, despacha,
 Si no, tu hacienda es polvo,
 Y tu ciencia ignorancia.

XXVII. — MI GOLOSINA.

No como Anacreonte
 El lírico poeta,
 Á quien siempre beoda
 Dictó la musa teya ;
 Ni como el otro amante
 De Lálage y Glicera,
 Cuya lira latina
 Compite con la griega ;
 Tengo por Hipocrene
 La tinajilla añeja,
 Ni es mi Libetra el jarro,
 Ni Helicon la botella.
 Ni tampoco reparo,
 Si mi vino se acuerda
 Del viñadero moro
 Que le apretó la tuerca.
 Á mí las nueve harmanas
 Su influjo me franquean
 Mejor con la dulzura
 Que no con borracheras.
 Antes que de mosquitos
 Cercado iré de abejas ;
 Mas por los colmenares,
 Que no por las bodegas.
 Y así, Dorisa, al punto
 Saca de la despensa
 La almíbar lusitana,
 Con plato á la chinesca ;
 O él tarro en que se guarda
 La pinciana conserva,
 Con acitron de Murcia,
 Las orzas de Valencia ;
 Ó un terrón duro y blanco
 De la miel alcarreña,
 Que en romerales liban
 Mis aves aristeas.
 Y en una rebanada,
 Como las hostias mismas,
 Extiéndela tú propia

Con esas manos bellas.

Y luego dame un vaso

De cristal de Venecia

Con agua clara y fria,

Que en los dientes la sienta.

Con esto sí que el pecho

Se endulza y se consuela,

Y ya la voz süave

Para cantar se apresta.

De laureles y rosas

La guirnalda me tejan

Las ninfas delicadas

Como á joven poeta.

Que no quiero corona

Como la que nos muestran

Del Baco semeleyo,

Con pámpanos y yedra.

Entónces sí que alegre

Cantaré de manera,

Que haré que suene ronca

La cítara de Tébas.

Despacha; mas si gustas

Que yo del vino beba,

Alcanza de Peralta

La ensogada limeta,

La de Jerez y Rota,

Ó el canarino néctar,

Ó aquella que escogida

Remite Valdepéñas.

Gustaré con templanza,

Pero no á la tudesca;

Y si á brindar me obligas

Con golosina sea.

XXVIII. — EXCELENCIAS DEL INGENIO SOBRE LAS
RIQUEZAS.

Fortuna puede hacerme

Rico, dándome renta,

Y á ti no podrá, necio,

Hacerte un gran poeta.

Que al fin me haga á mí rico
 Puede ser que suceda ;
 Mas que te dé á ti ingenio,
 No es posible que sea.

XXIX. — Á UN RICO IGNORANTE.

Dios y el rey á porfia
 Parece compitieron
 Con los dos en favores,
 Y nos enriquecieron.

El rey, de sus bajeles
 Descargó el rico peso
 Para llenar tus arcas
 Del oro macilento.

El soberano, el grande,
 El alto y el inmenso
 Dios no me dió riquezas ;
 Pero me dió el ingenio.

Con él me dió la gracia
 De no ser avariento,
 Y el rey no puede darte
 De tu hacienda desprecio.

Y así eres vil esclavo
 De tu propio dinero,
 Sin valor de gastarlo,
 Con temor de perderlo.

Yo no temeré nunca
 Perder lo que no tengo,
 Ni el no tenerlo lloro,
 Ni á conseguirlo anhelo.

Consumirán tu hacienda
 Notarios y herederos,
 Y en la mia no tiene
 Jurisdiccion el tiempo.

Cuando tú y tus doblones
 Estéis cenizas hechos,
 Cuantos amen las musas
 Celebrarán mis versos.

XXX. — MI POBREZA.

Confieso que soy pobre,
Y que lo he sido siempre ;
Mas no de ruin estirpe
Ni viles procederés.

Todos me leen y dicen,
El *Moratin* es este,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.

Desde el Nilo te sirve
La tórrida Siene,
Y en tu rancho trasquilas
Rebaños como nieve.

Yo soy pobre, tú rico ;
Pero con cuanto tienes
No es posible que compres
El nùmen que me enciende.

XXXI. — HAMBRE É INAPETENCIA.

Muchos que comer tienen,
Pero no tienen ganas ;
Otros están hambrientos
Y que comer les falta.

El tener uno y otro
No debo á herencia ó trampa,
Sólo á Dios se lo debo ;
Á Dios pues doy las gracias.

XXXII. — EL SABIO Y EL RICO. (1).

Soy pobre, pero tengo
Virtud que me consuele ;
Y no envidia, Licino,
Tu grandeza y tus bienes.

(1) Esta anacreóntica parece ser la xxx corregida, en la cual hemos suprimido los versos que se repiten.

Admiracion y aplauso
 Mis números adquieren,
 Y tengo fama en vida
 Mas que muchos en muerte.

Los techos de tu casa
 Cien columnas mantienen,
 Y encierras en tus arcas
 Las minas de occidente.

Mas no con todas ellas,
 Y aun si dobladas fuesen,
 Adquirir lograrías
 El númen que me enciende.

¿Y he de envidiarte, cuando
 Lo que soy ser no puedes?
 Lo que eres tú, cualquiera
 De la ignorante plebe.

XXXIII. — LA MUJER HUMILDE.

Claudio, en toda la tierra
 No hay cosa mas sublime,
 Ni de valor mas grande,
 Que la mujer humilde.

En tal virtud se cifran
 Excelencias insignes :
 Ni el oro de la Arabia,
 Ni Társis la compiten.
 Así venció Briseida
 La cólera de Aquiles,
 Y apiadó Sisigambis
 Al macedon terrible.

Una mujer soberbia,
 Aunque mirando hechice,
 Con todo su belleza
 Es monstruo aborrecible

Por eso, ya que el pecho
 Á una pasión rendiste,
 Leonora te la inspira,
 Que es hermosa y humilde.

XXXIV. — LA FAMA PÓSTUMA.

Musa, dame coronas,
 Dije, que ya he cantado,
 Y es consecuencia justa
 El premio del trabajo.

Pero desde la cumbre
 Florida del Parnaso
 Voló la ninfa, y dice :
 ¡ Oh, jóven temerario !

Si algun honor merecen
 Tu númen y tu canto,
 La vida siempre estorba
 Para adquirir aplausos.

Porque la torpe envidia
 Con atrevida mano,
 Arranca de las sienes
 Coronas que reparto.

Mas para que no juzgues
 Que el odio puede tanto, —
 Que en olvido oscurezca
 Versos que yo he dictado,

Sabe que un monumento
 Erigiste mas alto,
 Que el de tu rey ilustre
 Magnífico palacio.

Y cuando Libitina
 En el sepulcro avaro
 Te precipite, y callen
 Los afectos humanos,

Entónces fama eterna
 Hará tu nombre claro,
 Y sobre tus cenizas
 Se hacinarán los lauros.

XXXV. — A DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

Soñé que al hijo rubio
 De Latona dije esto :
 Para aprender, Apolo,

Enséñame tus versos.

Enséñamelos, dije,

Y él me respondió : necio,

No los hago, que sólo

Influyo para hacerlos;

Pero si ver procuras

Los mejores modelos,

Y tanto, que por míos

Los adopto yo mesmo,

Vete á la imperial corte

Del gran Carlos Tercero,

Y al trágico Leginto

Busca, busca al momento.

Hallarásle en su estudio

Consonancias midiendo,

Cotejando las obras

De latinos y griegos.

Verás allí un estante

Á su lado derecho,

Y un legajo precioso

Con diferentes metros.

Los mas son manuscritos,

Y muchos hay impresos.

Que estarlo merecian

En mármoles eternos.

Por señas que allí dice:

Montiano los ha hecho;

Repásalos, y aprende,

Que aquellos son mis versos.

XXXVI. — A LOS DIAS DEL CORONEL DON JOSÉ
CADAHALSO.

Hoy celebro los dias

De mi dulce poeta,

Del trágico Dalmiro

Blason de nuestra escena.

Venga la hermosa Filis,

Y mi Dorisa venga,

Dorisa la que canta

Con la voz de Sirena.

Brindarémos alegres
Hasta perder la cuenta
En las tazas penadas
Del oloroso néctar.

Ó si mas nos agrada
La antigua usanza nuestra,
Muchachos diligentes,
Sacad la pipa añeja.

Y en aquel mar de vino,
Como naves de guerra,
Naden con altas asas
Las anchas tembladeras.

Bien hayan nuestros padres,
Que en sus bárbaras mesas
Bebieron con toneles,
Brindaron en gamellas.

Así hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
Los cuidados molestos
Que la vida atropellan.

Y si viene la muerte,
En semblante severa,
No podrá ya quitarnos
La celebrada fiesta.

Pues si para evitarla
No sirve la tristeza,
Y es su venida al hombre
Tan pronta como cierta,

Brindemos muchas veces
El tiempo que nos queda ;
Dancemos y cantemos,
Y déjala que venga.

XXXVII. — Á MIS DÍAS.

Las vueltas de los cielos
Hoy trajeron mi dia,
Para que le aplaudamos
Con regocijo y grita.

Otros he celebrado

Con placer y alegría ;
 Pero yo no sé cómo
 Se huyeron tan aprisa,
 Ni dónde se escondieron,
 Que no tengo noticia
 De ellos, para volverlos
 Á gozar todavía.

El presente se pasa
 Con la prontitud misma,
 Y no sé si el futuro
 Me encontrará con vida.

Pues, ¿ no es una locura
 Que yo anhelando viva
 Por lo que, aunque me afano,
 No es cierto que consiga ?

Si no sé si mañana
 Veré la luz vecina,
 ¿ Por qué pierdo un instante
 De aliviar mis fatigas ?

Pues huyan los pesares,
 Y boile mi Dorisa,
 Y venga la botella
 Del licor de Montilla.

Y de arrayan y yedra
 La guirnalda me ciña
 La rubia sien, y luego
 Venga, venga mi lira.

No cantaré las armas
 De Aquiles ni de Atridas ;
 Mas sí de Amor y Vénus
 Las amables delicias.

Y de mis camaradas,
 Sentado en compañía
 Recostado en la mesa,
 No escasa, aunque no rica,

Mantendré hasta la noche
 Plática divertida,
 Tocando las especies,
 Al paso que se brinda.

Y estaré tan contento,
 Como si fuesen mias
 Las flotas orientales,

Y el oro de las Indias.

Y pues su curso el tiempo

No es posible reprima;

Mientras viene la muerte,

Gocemos de la vida.

XXXVIII. — EN ELOGIO DE LAS NIÑAS PREMIADAS
POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID.

No pido, sacro Apolo,

La trompa penetrante,

Que pende en las columnas

De pórfito y de jaspe.

Pues no cantar intento

Fatigas militares,

Las armas y varones,

Banderas y estandartes.

¡ Qué coro de doncellas,

Hermosas en semblante,

En manos oficiosas

Y en celo infatigables,

Con premios y preseas

Hoy miro congregarse,

De Mantua en el alcázar,

De Mantua, que es su madre!

Así dije, y la Fama

Volando por el aire,

Con su clarín de plata

Pronuncia voces tales:

Su olímpica palestra

La Grecia ya no ensalce,

Ni carros disparados

Desde la eléa cárcel;

Que España la dichosa,

España la triunfante

Bajo el augusto Carlos,

Al mundo saber hace,

Que no sólo la ilustran

Sus fuertes capitanes,

Sino hasta lo mas tierno

Del sexo bello y frágil.

Esa puericia honesta,
Que es la virtud su esmalto.

Y el ocio vil y torpe

Bajo su planta yace,

Huyó las anchas plazas,

Las populosas calles,

Los tratos licenciosos,

Las danzas y donaires;

Fué de su casa al templo

Cuando el lucero sale,

Y ántes que el alba asome,

Ya á casa se retrae.

En ella se ejercita

De Pálas en las artes,

Y así como la diosa

Vencer pudiera à Aracne.

Articioso torno,

Sonoro, está delante,

Que próspera acomoda

Con manos virginales.

No forma tal susurro

De abejas el enjambre,

Ni es mas grata al oído

La cítara sũave.

Añade á su armonía

Purísimos cantares :

Con ellos se divierte,

La alivian y distraen.

El pié sin descubrirse,

Llevando los compases,

Hace volver la rueda

En giros circulares.

Escarmentado copo

Del lino que la place

Coge en sutiles dedos,

De rosa y azahares.

Y en delicadas hebras

Hace que se dilate,

En hebras invisibles,

En hebras no palpables.

Discípulos de Apéles,

Alumnos de Timántes,
La doncella española
Así ha de retratarse.

No la pintéis moviendo
El cuerpo en torpe baile,
Con lujos peregrinos,
Vedados á sus madres;

Sino al trabajo atenta
Sin perder un instante,
Llenas de rubor casto
Sus luces adorables.

Huyendo, roto el arco
Y arpones penetrantes,
Al pérfido Cupido,
Y á su alevosa madre.

Con miedo y reverencia,
Ante ella se retraen
Los ojos libertinos
Del atrevido amante.

Las matronas del pueblo
Y ancianos venerables,
Por nuera la apetecen,
Y su virtud aplauden.

Como aroma de Arabia
Que el pebetero esparce,
Así vuela su nombre,
Cual bálsamo fragante.

Felicidad se espera
Que de ella se propague;
Las prendas de tal hija
Son gloria de sus padres.

Toma, doncella, el premio
Debido á tus afanes,
Corona merecida
De tu virtud constante.

Y cuando las tareas
Con tonos acompañes,
Canta al piadoso Cárlos
Y su estirpe adorable.

Canta cómo desean
Verter por él su sangre
Sus claros españoles.

Guerreros y leales.
 Naciones enemigas
 De España formidable,
 Cubrid la faz adusta
 Con sombras y celajes.

Que si un tiempo la visteis
 Belicosa y triunfante,
 Hoy se ilustra : esto solo
 La hará temida y grande.

Y si esforzada y docta
 Cultiva nuevas artes,
 Su gloria, su potencia
 Crecerán admirables.

Esto dijo la Fama.
 Vos, de la patria padres
 ¿ Es cierto, ó quiere Febo
 Dulcemente engañarme?

Mas ya el eco resuena
 Por plazas y por calles,
 Y tal vez al anuncio
 Exceden las verdades.

Y en tanto que de vuestro
 Celo debe esperarse
 Cuanto el arado rompe
 Como la mano labre ;

No os desagrade el rudo
 Concierto disonante,
 Si aplaudiendo virtudes
 Vuestro mérito aplaude.

Que al paso que se aumenten
 Primores inmortales,
 Ya sucederán cisnes
 Que mas sonoros canten. — I.

XXXIX. — LOS LECTORES.

Hay algunos lectores
 En este ingrato mundo
 De complexion tan rara,
 De genio tan adusto,

Que no cual las abejas
 Que en romerales mustios
 Á las mas bellas flores
 Liban el dulce jugo ;
 Sino que como el torpe
 Escarabajo oscuro,
 Que ama el cieno y estiércol
 Del muladar inmundo,
 Así en cualquiera libro
 Los conceptos mas puros
 Sin reflexion los pasan,
 Ni se detienen mucho.
 Mas hallando algun yerro
 (Que es un milagro sumo)
 Parece que esto sólo
 Procuraban algunos.
 Y á voces lo exageran
 Celebrando su triunfo,
 Y tildan á mis versos
 Escondiendo los suyos.
 Mas la musa desprecia
 Tan frívolos insultos,
 Y yo, ó bien de malicia,
 Ó envidia les arguyo.

ROMANCES

I. — AMOR Y HONOR.

De la hermosa Belerifa
 Era Benzaide el querido,
 Moro discreto y galan,
 Pocos años, mucho brio.
 El que en las fiestas y zambras
 Dando de su amor indicios,
 Bordó la verde marlota
 Con cifras de su apellido.

Desembarazar la lanza
Nunca le vió el enemigo,
Sin que sacase del golpe
En el adarga portillo.

Gozábanse dulcemente
De la dama en el retiro,
Sin que tanta posesion
Originase fastidio.

Veinte lunas se pasaron
Sin dar alguno motivo
De recelo en la amistad,
De tibieza en el cariño.

Ya no se ven ni se buscan :
¿ Qué causa puede haber sido
La que llegó á separar
Dos corazones tan finos?

La ingrata Fortuna sola,
Que por costumbre ha tenido
Á quien favorece Amor
Mirar con ceños esquivos.

El rey le negó los premios
En la guerra merecidos,
Retirando á la alcazaba
Sus despojos y cautivos.

Triste llega á los umbrales
De su dama y afligido,
Sobre una encintada yegua
Con el bozal de oro fino.

Vióla salir al balcon,
Y con ademan sumiso,
Arrodillando la alfana,
Inclinó el penacho altivo.

Humilde, con voz turbada,
Y suspirando la dijo :
Mi linda mora, los cielos
Guarden tus años floridos.

No ignoras que para amor
Ni me sirves, ni te sirvo :
Aunque estén los corazones
Recíprocamente unidos.

Para llamarnos esposos
(El honor así lo quiso)

Nos debe allanar primero
Suerte feliz el camino.

Y es tan escasa la mia,
Como ya, mi bien, lo has visto :
Que nada alcanzan mi celo,
Mi valor ni mis servicios.

Quédate en paz, y á los cielos
Por último don les pido,
Que ántes de llegar á Loja
Logre hallar á don Rodrigo,
Maestre de Calatrava,
Del rey Fernando caudillo ;
Pues con su muerte ó la mia
Mi desgracia finalizo.

Si le venzo, volveré
De recompensa mas digno,
Y el rey no sabrá negarme
Las mercedes que le pido.

Y si me vence, la vida
Acaba que desestimo,
Pues no la quiero sin ti,
Desdichado y ofendido.

Belerifa le responde :
No temas, Benzaide mio,
Que mirando al interes
Ponga tu amor en olvido.

Ántes saldré de Granada
Huyendo sola contigo,
Á que nos den su favor
Los cristianos fronterizos.

Tomóla el moro la mano,
Alzándose en los estribos,
Y arremetiendo la alfana,
La lanza pedazos hizo.

Á tu noble amor le toca
Despecho tan atrevido,
Y toca á mi pundonor
Esta accion, el moro dijo.

Y viéndola acongojada
Con lágrimas y suspiros,
Escaramuzando triste
Siguió de Loja el camino.

II. — CONSUELO DE UNA AUSENCIA.

Ausentábase Alboraya
De los muros de Madrid,
La mora que mas hermosa
Plegó almaizar tunecí.

Blanca, rubia y colorada
Con los ojos de zafir,
En la zambra muy maestra,
En el adufe y lilí.

Á despedirla salió
El gallardo Abenozmin,
Un morillo que á la bella
La sacó fuera de sí;

En las cañas y sortija
El mas diestro y mas gentil,
El que de un golpe divide
La jarameña cerviz.

Servia á la mora el moro,
Y rendidos en la lid,
Enviaba á sus mazmorras
Los cristianos mil á mil.

Sobre un alazan cabalga
Hijo de Guadalquivir,
Y le fulmina al tocarle
El acicate sutil.

Lleva adornado el bonete
Con hebras de oro de Ofir,
Digo con rubios cabellos
Que prendió su dama allí.

Las plumas y martinetes
Confunden colores mil,
Y al cielo estrellado imita
Rica marlota turquí,

El corvo alfanje suspende
Del bordado tahalí,
Muchas veces vencedor
En el alcance y la lid.

Pintó en la adarga de Fcz
Un corazon de carmin,
Con un mote que decia :

Hasta el corazon te di.

Preciosa cadena de oro,
Sobre el pecho, en un viril,
Cuelga el retrato adorado
Entre el diamante y rubí.

Tan bizarro salió el moro,
Que las damas de Madrid
Ni dejan los miradores,
Ni le cesan de aplaudir.

Él, viendo ya de las puertas
Su linda mora salir,
Escaramuzando en torno
La saludaba gentil.

Correspondióle agradable,
Diciéndole : Abenozmin,
Alah sabe lo que siento
Esta jornada infeliz.

Si sabes corresponder
Á lo que verás en mí,
De tu amor el premio puedes
Á tu voluntad medir.

Para probar los amantes
(Prueba que nunca temi)
Es oportuna la ausencia,
Ausencia que tiene fin.

Si, como dices, me adoras,
No te debes afligir;
Pues conociéndome mas,
Muestras la fe que hay en ti.

Humilde responde el moro :
Gallarda señora, así
Permita el cielo que venza
En batalla al fiero Cid,

Como yo seré constante,
Aunque lluevan sobre mí
Mas desdichas, que al cristiano
Le causó nuestro Tarif.

Alah te guie, pues sabes
Con ingenio tan sutil,
Esperando merecer,
Hacer la ausencia feliz.

III. — ABDELCADIR Y GALIANA.

Ya cabalga Abdelcadir
 Cuando Febo se escondia :
 Noche en que acuerda el cristiano
 El natal de su Mesias.

Y sin temor de rebatos
 El fuerte moro se anima,
 Contra las leyes de Marte,
 A darle á Amor pruebas fijas.

Era el gallardo africano
 El campeon de la morisma,
 Alcaide en Guadalajara,
 Y adalid de su milicia.

Galan danzando la zambra,
 Diestro en cañas y sortija,
 Y su esfuerzo era el asombro
 De entrambas á dos Castillas.

Galiana de Toledo,
 Muy hermosa á maravilla,
 La mora mas celebrada
 De toda la morería.
 Boca de claveles rojos,
 Alto pecho que palpita,
 Frente ebúrnea, que adornó
 Oro flamante de Tíbar.

Esta, con sus ojos bellos
 Y atractivos de su risa,
 Tiene el corazon del moro
 Y toda el alma cautiva.

Cada vez que á verla va
 Una vereda practica,
 Que desde Guadalajara
 Hasta su jardin le guia.

Nueve noches vive ausente,
 Que las nieves lo impedian ;
 Mas ya no puede sufrir
 Celos que su pecho agitan.

Ese famoso Bernardo
 Que del Carpio le apellidan,
 Sobrino del rey Alfonso,

Jóven de grande valía,
 Á Leon viniera entónces
 Triunfante de Francia altiva;
 El emperador vencido,
 Y arrolladas sus insignias.

Mató á Roldan encantado,
 Cuerpo á cuerpo, en lid reñida,
 Y la espada Balisarda
 Sacó de su sangre tinta.

El rey cristiano su tio
 Con embajada le envía
 Al toledano Abencir,
 Y á Galiana su hija.

Grandes presentes llevaba
 De joyeles de alta estima,
 Y un rico brocamanton,
 Cosa que par no tenia.
 El broquel de Durandarte
 Con Belerma allí esculpida,
 Y la almádana espantosa
 Que á Urjel de la Maza quita.

Con esto, y cien estandardes
 De las naciones vencidas,
 Sale de Leon Bernardo
 Con muy gran caballería.

Abdelcadir arde en celos,
 Que de ello tuvo noticias,
 Y teme que el leonés
 No le interrumpa su dicha.

Mandó sacar de sus anchas
 Y hermosas caballerizas
 Su yegua, la mas veloz
 Que produjo Andalucía.

Es fama que la alazana
 Del raudo céfiro es hija,
 Y le vence en la carrera
 Cuando al padre desafia.

Dos cristianos curan de ella
 Y á recaudo la tenian :
 Nuño Fernández de Sálas,
 Fortun de Lara García.

Las crines y riendas de oro

Con la izquierda mano asidas,
Sin poner pié en el estribo,
iroso el bárbaro brinca.

Lanza toma de dos hierros
Que acicalados lucian,
En sangre de sus contrarios
No pocas veces teñida.

Dos alas en el escudo
Pintó, que al sol se encamina,
Con una letra que dice ;
Alas mi amor necesita.

El bonete á quien adorna
Tembladora argentería,
Con plumas gualdas y azules,
Al lado diestro derriba.
Debajo del alquifá
Jaco apretó y coracinas,
Que le diera Jaira, hermana
De Abenrajel de Zorita.

Desde el hombro pende al lado
De aceradas cadenillas,
Presa con el almaizar,
Cimitarra damasquina.

Y en señal de estimacion
Se puso la manga rica
Que le bordó Galiana,
De inestimable cuantía,
De perlas y de rubíes
Recamada y de amatistas ;
Que la aprecia el moro en mas
Que á Zeca y Meca y Medina.

Toma el oculto camino
Por la senda conocida,
De alhazor y de carrizos,
De retamares y olivas.

¡ Ah, Galiana cruel !
Iba diciendo con ira,
Plegue á Aláh que á tu lindeza
Tu inconstancia no compita.

Bella infanta de Toledo,
¿ Por qué á un cristiano te inclinas,
Pagando á tu amartelado

Con rigores y falsías?

Mas ya cierra negra noche
De vendaval y ventisca :
Larga la apetece el moro,
Y oscura la necesita.

¡ Ah, míseros amadores,
Que os da el peligro osadía,
Y la esperanza os convierte
Los afanes en delicias !

Ligero, mas que el Henáres,
Caminaba por su orilla,
En la vega deleitosa
Que sus aguas fertilizan.

Inclina el rostro de léjos
Á Meco, la santa villa,
Que le acuerda la que tiene
Del Profeta las cenizas.

Pasa en silencio el lugar
Donde el secreto peligra,
Que en sus lomas le repite
Eco, la parlera ninfa.

Huyó la antigua Alcalá,
Torciendo un poco la via
Por la cuesta de Zulema,
Entre sus breñas erguidas

Ya de Titulcia atraviesa
Los olivares y viñas,
Donde Jarama á Tajuña
Aguas y nombre le quita.

Vadeando pasa el rio,
Aunque soberbio venía,
Y en medio de sus toradas
Cruza galopando y silba.

Saluda del nuevo sol
La luz que se descubria,
Y durante su carrera
Mas vagaroso camina.

Deja á un lado los majuelos
Que enriquecerán á Esquivias,
Y á otro el inculto Aranjuez,
Hoy jardin de Falerina.

Ya llega á la alta Boroj,

Aire toledano espira,
Y á la yegua el fuerte moro
Mas la acosa y mas la pica.

Las llanuras atraviesa,
Parte á carrera tendida,
Suelta al aire el alquicel,
Da en el codon la mochila.

Jamas olímpico circo
Vió escapada tan lucida ;
Si es quien le conduce Amor,
Este sí que es buen auriga.

Siguiendo el dorado Tajo,
Entre copadas encinas,
Á Moceyo dejó atras
Despues de la árida villa.

La noche su negro manto
Extiende callada y fria,
Y sólo el viento se escucha
Que los árboles agita.

Llega en paz, amante moro,
Y el vano temor disipa ;
Que los hechos temerarios
Á las mujeres obligan.

Ya está en Toledo, y oculto
Busca entre la sombra amiga,
De su princesa adorada
Los alcázares que habita.

Ella impaciente le aguarda ;
Habla á solas y suspira,
Y maldice el temporal
Que así dilata su dicha.

Por los dorados andenes
Vaga inquieta, y no se enfría :
Quien sabe lo que es amor,
Si esto es imposible diga.

Pomposo zaragucel
De blanco túan vestia,
Hasta el morado chapin,
Con muchos pliegues y listas.

Labrada con gran primor
Lleva una marlota encima,
La mitad era turquí,

La otra mitad amarilla.

Un velo sobre el tocado,
Que un peine de nácar riza,
Colgando el sutil cendal
Con invencion nunca vista.

Verde liston ó diadema
Su frente hermosa ceñia,
Con zafiros y balajes,
Y una média luna encima.

Rojos corales al cuello,
Fragante y sutil camisa,
Y un apretador azul
Con dos lazos que pendian.

Llegando el moro al umbral
Pequeño pito tañia,
Otro le responde adentro,
Y el postigo facilitan.

Y atando la yegua al tronco
Que un ancho moral cubria,
Sube por un caracol
Con la esclava Geloira.

Cuál fué de los dos amantes
El saludo y bienvenida,
Júzguelo quien apartado
De sus amores suspira.

Sólo la fama contó,
Que así que llegó á su vista,
Quedó el moro satisfecho
De los celos que traia.

Vanse á abrigado retrete
De persianas alcatifas,
Dorado guadamecí,
Cañamazos y ataujía.

Oculto perfumador
De mármol, ámbar espira,
Y el alto zaquizami
Desde el suelo aromatiza.

Hay rico escaño de alerce
Y un blando almadrague encima :
Allí reposan, y en áulces
Miradas su gozo explican.

La esclava se retiró;

Y entre dos almas tan finas,
 El amor, la soledad,
 Y la noche, ¿qué no harían?

IV. — DON SANCHO EN ZAMORA.

Por la ribera del Duero
 Tres jinetes cabalgaban,
 Caballeros castellanos
 De gran nombradía y fama.
 Trotones llevan ligeros
 Y ganosos de batalla,
 De acero luciente armados
 Desde la frente á las ancas.

El aire manso tremola
 Pendoncillos de sus lanzas,
 La de enmedio va en la cuja,
 Los del lado la enristran.

Martinetes y garzotas
 En las penacheras altas
 Coronan dorados yelmos,
 Que al rayo del sol brillaban.

Sobre los quijotes penden
 De los tiros las espadas,
 Y al mover de los caballos
 Iban sonando las armas.

Con escarces y bravura
 Llegan batiendo la estrada :
 Mirando van á Zamora,
 Á Zamora y sus murallas.

En ellas la plebe observa,
 Los ricos hombres y damas,
 Que quedan, aunque contrarios,
 De su apostura prendadas.

De todos son conocidos
 Cuando las viseras alzan,
 Que ese noble rey don Sancho
 Es el que en el medio marcha.

Y los que van á sus lados,
 Puestos á son de batalla,

Eran la flor de Castilla :
El de Vivar y el de Lara.

De pechos sobre una almena
Mira y llora doña Urraca ;
Con un delgado alfareme
Está cubriendo la cara.

Por la muerte de su padre,
Que ya en el cielo descansa,
Leonado color se viste
Y negro monjil arrastra.

Sus escuderos y dueñas
Mesurados la acompañan :
Ellas traen ricas patenas,
Ellos flojas martingalas.

Y quitando el antifaz,
La voz un poco levanta,
Y á su hermano le decia,
Que se detiene á escucharla :

Rey don Sancho, rey don Sancho,
El ardido en las batallas,
Valiente contra una débil
Mujer, sin culpa, y tu hermana.

¿ Así del rey nuestro padre
La disposicion se guarda ?
¡ Oh, mal haya el caballero
Que al finado no le acata !

Sufren Elvira y García
Los rigores de tus armas,
Y allá en Toledo á los moros
Favor Alfonso demanda.

Cuando debiera Castilla
Libertar á toda España,
Con foso cercas mi muro,
Tu hueste mis campos tala.

Y azarques y sarracinos
En Segovia juegan cañas,
Y en Zocodover con cifras
Resplandecen sus adargas.

Y guarte, no llegue el dia
Que dándoles tú la causa,
Vengan á beber sus yeguas
Del Duraton y el Arlanza.

Ambicionando lo ajeno
Que tu padre nos dejara,
Con los cristianos aceros
Viertes la sangre cristiana.

¡ Oh, cuánto fuera mejor
Esas iras emplearlas
Contra quien viera lo que es
Unido el poder de España!

Eso mismo quiero yo,
Responde don Sancho, infanta.
Mi padre erró, juzgue el mundo.
Soy rey. Esto digo, y basta.

Entónces ella quejosa
Prosiguió con voces altas :

Ah, soberbio castellano
El de la amarilla banda,
El de grabado gorjal
Y repacejos de plata,
El de la dorada espuela,
Que yo le calcé, cuitada!

¿ Quién creyera que Tizona
Contra mí se desnudara,
Cuando cabezas de reyes
Pensé me diera por arras?

Esto espere del amor
La mujer apasionada :
Bien sé lo que merecí,
Bien sé cómo se me paga.

Don Rodrigo de Vivar
Con la color demudada,
Turbado la respondiera,
Formando mal las palabras :

Señora, sirvo á mi rey,
Tu afan me pesa en el alma;
Lo demas hizolo amor,
Contra amor ninguno basta.

Entre multitud plebeya
Bellido Dólfos estaba,
Hijo de Dólfos Bellido,
Muy artero de asechanzas :

Y dijo : á pesar del Cid
No irá á sus tiendas mañana

El rey don Sancho con vida,
Si mil vidas me costara.

Oyendo tales razones,
Con semblante y vista airada,
Arremetió su caballo
Don diego Ordóñez de Lara.

Traidores sois, zamoranos,
Dice en voz tremenda y alta,
Y os lo haré bueno en el campo,
Cuerpo á cuerpo y lanza á lanza.

Árias Gonzalo, al oír
Que á su ciudad denostaban,
« Caballeros, los del rey,
Gritó, no digáis infamia;

Que hay hidalgos en Zamora
De nobleza tan preciada,
Que ni en virtud ni en valor
Otro alguno los iguala.

Y en cuanto al reto, mis hijos
Viven, y si honor los llama,
Caballeros de mi sangre
Estiman la vida en nada. »

Esto dijo Arias Gonzalo;
Y con astucia villana
El traidor Bellido Dólfos
Se apartó de la muralla.

V. — EMPRESA DE MICER JAQUES BORGÑOÑON (1)

En la villa que Pisuerga
Con diáfanas ondas ciñe,
Por alcázares reales,
Entre huertas y jardines,

(1) Micer JAQUES, ó Jacobo de LALAIN, caballero del Toison de oro, y camarlengo de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fué hijo bastardo de Pedro de Luxemburgo, conde de San Polo, primo de aquel duque, y uno de los primitivos caballeros de dicha orden. La corte de Borgoña era en aquellos tiempos el teatro de las empresas caballerescas, que consistían en una insignia con su mote, que llevaba el mantenedor, regularmente en obsequio de

Gran palenque se dispone
De alta barandilla y firme,
Para la sangrienta liza
Que publican los clarines.

alguna dama, publicando de antemano las condiciones con que la defendía; y la señal de que algun caballero queria lidiar, era tocarla. Á Borgoña pues acudian los aventureros de todas las naciones á distinguirse, y no fueron pocos los que de España fueron á adquirir nombradía y recibir los obsequios de aquel soberano. Decia Fernando del Pulgar en sus *Claros Varones* :
 « Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni lei que en los pasados
 » viniesen tantos caballeros de otros reinos y tierras extrañas á
 » estos nuestros reinos de Castilla é de Leon, por hacer armas á
 » todo trance, como vi que fueron caballeros de Castilla á las
 » buscar por otras partes de la cristiandad. Conoscí al conde
 » don Gonzalo de Guzman, é á Juan de Merlo; conosci á Juan
 » de Tórres é á Juan de Polanco; á Alfaran de Vivero ó á mosen
 » Pero Vázquez de Sayavedra, á Gutierre Quijada é á mosen Diego
 » de Valera; é oi decir de otros castellanos, que con ánimo de ca-
 » balleros fueron por los reinos extranjeros á facer armas con cual-
 » quier caballero que quisiese facerlas con ellos, é por ellas ganaron
 » honra para sí é fama de valientes y esforzados caballeros para los
 » fijos-dalgos de Castilla. » Otros nombres pudiéramos añadir á los
 que cita Pulgar, y aunque no fueron tantos los que vinieron á España con igual propósito, algunos muy famosos acudieron atraidos por el espíritu de galantería y magnificencia que se introdujo en la corte del rey don Juan II. Entónces, en 1434, se celebró junto á la puente del rio Órbigo el paso de Suero de Quiñónes, que duró treinta días; el año siguiente hubo en Segovia otras justas mantenidas por Roberto, señor de Balse, y en 1448 tuvo lugar la empresa á que se refiere este romance. Micer JAQUES, apellidado el *Buen caballero*, quiso mostrar sus fuerzas y su destreza, confirmando lo que decia la fama de sus pasados triunfos, y obtenida la vénia del rey de Castilla, que le tuvo la plaza, combatió en Valladolid con Diego de Guzman, hermano de don Gonzalo de Guzman, señor de Torija y conde Palatino, que habia tocado con felicidad otras empresas en várias partes. Diego de Guzman salió de este combate herido en la cabeza, segun refiere el bachiller Fernan Gómez de Cibdadreal, que le curó, en una carta al expresado conde : « Á vuestra merced le habrá arribado la loa de su hermano; ca como fijo de padre de raza se ovo en la pelea de micer Jaques borgoñon. Mi epístola presente no la mando para dar á vuestra merced el aviso; mas la mando á dos cosas, que ambas darán á vuestra merced contentamiento, ca son : que su hermano va bien de la ferida de la fronte, é guarirá si Dios quiere, é yo lo alivio con quanto mi arte me ha mostrado. La

Oye, magnífico duque (1),
 Á ingenio estéril y humilde
 Las hazañas del linaje
 De que dichoso naciste.

Está la esparcida arena
 Dispuesta á marciales lides ;
 El pueblo anhelante corre,
 Anchos andamios oprime.

Alto solio se levanta
 Para el gran rey que preside
 Con manto real, que adornan
 Esmeraldas y amatistes ;

Y don Álvaro de Luna,
 Gran condestable, le sigue,
 Algo inferior, escarchados
 De aljófár los borceguies.

Y de rica orfebrería
 Lleva un collar de oro insigne,
 Que el rey de Aragon le diera,
 Estimado en mil florines.

En su magnífico estrado
 De brocados y tapices,
 Isabel de Portugal,
 Reina de Castilla, asiste.

En dos trenzas albeñadas
 La hermosa crencha divide,
 Que en los hombros se recogen
 Con dos lazadas turquíes.

Muy garrida, al lado suyo,
 Color de púrpura viste
 Blanca, infanta de Navarra,

» segunda cosa es para raparos de la mente, que Juan de Merlo
 » á sabiendas le oviese prestado el bacinete con la plasa de fierro
 » sotil puesta á sabiendas ; que si el rey vedado se lo no oviera,
 » queria facer un rieta al que tal divulgó ; ca juró á su señoría
 » por el cuerpo de Cristo, que fuera puesto el fierro un año de
 » primero que vuestro hermano le demandara el bacinete, etc. »
 — Nos ha parecido importante poner esta nota para indicar la
 conformidad del romance con los documentos históricos que
 demuestran el carácter de la época que se describe.

(1) El de Medinasidonia, á quien dirigió el autor el presente
 romance.

Mujer del príncipe Enrique.

Ambas están rodeadas
De las damas que las sirven,
De meninas y donceles,
Y dueñas con sus monjiles.

Salió la condestablesa
Con preciosos faldellines,
Y una aljuba á la morisca
De cuchilladas sutiles.

El príncipe, en rico escaño,
Entre Cerdas y Manriques,
Y don Beltran de la Cueva
Muy en años juveniles.

Al son de bastardas trompas,
De un pabellon que se erige
En un canton de la plaza,
Con damascos y ormesies,

De todas armas armado
Salió un guerrero terrible
Á quien de la frente al pié
Pavonado acero viste.

Era de bronce el escudo,
Y en frances la letra dice :
Que deja el alma cautiva
En los ojos de Amatilde.

Á un corpulento frison
Los anchos lomos oprime,
Con paramentos de malla,
Y aun las riendas que le rigen

Plumaje azulado oscuro,
Que sacude si se engríe,
Y al fuerte batir del casco
Dirán que la tierra gime.

El mantenedor valiente,
Despues que el palenque mide,
Alta la visera, al rey
Con voz atrevida dice :

Rey don Juan, si mis hazañas
Llegaron á estos confines,
Sabrás quién soy, y si no,
Tú y tus vasallos oidme :

Jaques de Lalaing me llamo,

De antigua prosapia insignè
Que soy noble y borgoñon,
De mi empresa se colige.

Soy general de las armas,
Y del senado sublime
De Borgoña, y camarlengo
De su gran duque Felipe.

En mil justas y torneos
Logré victoria difícil,
Y á tu corte generosa
Por el lauro último vine.

Concédeme pues que en ella
Rete, emplace y desafie
A todos tus caballeros
De los que mas se distinguen.

Esto, en público pregon,
Con trompeta se repite ;
Sordo rumor se difunde,
Mucho furor se reprime.

Iba el rey á responder ;
Mas por la calle que sigue
Desde el Ochavo á San Pablo
Resonaron ministriles.

Y entre el vulgo que le cerca
Un caballero distinguen,
Que ansioso de pelear
Llega al palenque, y le admiten

La lanza, así como entró,
Pasó de la cuja al ristre :
Banderilla verdegay
Tremolan los aires libres.

El generoso caballo
Despuntó los tamarices
Del Tajo en la verde orilla,
Entre céspedes y mimbres.

Los ojos son de esmeralda
El color de blanco cisne,
La cola joyante seda,
Y hasta ei estribo las crines.

Entró tan galan el jóven,
Que sin poder reprimirse,
Los unos le vitorean

Y los otros le bendicen.

Va un pajecito delante
Cuyos años no son quince,
De azul, amarillo y plata,
Color del dueño á quien sirve.

Lleva abrazado el escudo,
Y el peso apenas resiste,
Con siete cercos al canto
De acero bruñido y firme.

Todos del aventurero
Alta esperanza conciben,
Y sospechan que secreta
Licencia allí le encamine.

El poniéndose delante
De los reyes, hace humilde
Arrodillar al caballo,
Y que la cabeza incline.

Las doncellas de la reina
Se alzaron en pié á aplaudirle
Pero una el rojo clavel
Trocó en blancos alelíos.

Es fama que era la bella
De los Toledos insignes,
Condes de la casa de Alba,
Con mas encantos que Circe.

Amor descubrió un secreto
Que muchas riendo envidien
En tanto que los padrinos
El sol á entrambos dividen.

Micer Jaques borgoñon :
Gallardo español, le dice,
Alegra vuestra presencia
De tal modo á quien os mire,

Que aun yo, con ser extranjero
Y enemigo que os compite,
Me prendo de ese valor ;
Y si gustáis de decirme

Quién sois, lo tendré á merced
Pues sabiendo con quién lidie,
O vencido, ó vencedor,
Será mi suerte felice.

Noble frances, le responde

El español, tú me rindes
 Antes con tu cortesía,
 Que la dura lanza vibres.

Don Diego soy de Guzman,
 De tan generosa stirpe,
 Que no es mas ilustre aquella
 Que en real dosel nos preside.

Micer, que oyó que es Guzman
 Y los conoce, concibe
 Gran recelo, el trance teme ;
 Cautó disimula, y dice :

Hermosísimo garzon,
 Cuanto siento, no es creible,
 El que exponiéndote así
 Tan poco tu vida estimes.

Por conservarte á tu rey
 Combatiré y por servirte,
 Hasta la primera sangre ;
 Despues te dejaré libre.

Sentido Guzman, responde :
 Todo tu esfuerzo apercibe
 Hasta matarme ó morir,
 Que así en Castilla se riñe.

Y revolviendo las bridas,
 Hace al caballo que brinque,
 Y con denuedo y braveza
 Escaramuzando gire.

Á media rienda galopa,
 Le sosiega y le reprime ;
 Tomó gran parte del campo,
 Y hace á Micer que le imite.

Don Juan de Guzman, de la alta
 Medinasidonia insigne
 Primer duque, y de su casa
 Escuderos y adalides,

Con los de su acostamiento,
 La valla redonda ciñen,
 Llevando dobles corazas
 Bajo ropas carmesies.

Y en caso de rompimiento
 Procuraron prevenirse ;
 Que un extranjero en España

Halla siempre quien le admire.

Mas ya el condestable avisa,
Y sonaron añafiles :

Los dos fuertes caballeros
Con ímpetu fiero embisten.

Temblaron ambos caballo

Y ellos en la silla firmes :

Cerca don Diego á Micer,

Y á lanzadas le persigue.

Pero viendo el borgoñon

Que en su caballo consiste

La desventaja, y Guzman

Tanto en el suyo confie,

Matársele pretendió :

Sacó la lanza del ristre,

Que arrojada, al noble bruto

Hijo del viento, dirige.

Pero al ver el castellano

Venir el golpe terrible,

Revuelve el veloz caballo

Con prontitud de una tigre.

Y aunque á su salvo pudiera

Alancearle y herirle,

Como hidalgo se portó,

Como Guzman y Ramirez.

Jaques quitó del arzon

La partesana que esgrime,

Y don Diego, á cuchilladas

Trabándose, le recibe.

El frances de un solo golpe

Quiso que la accion termine :

Alza los brazos en alto,

Guzman que le aguarda finge ;

Pero picando al caballo

Que dé en vacío consigue :

Micer al suelo cayó

Mal asido de las crines.

Ya está el español á pié ,

Entrambos á voces piden

Hachetas de desarmar,

Y escuderos se las sirven.

Faltó la esperanza en todos

Cuando notaron que riñe
 Fierno un castellano Adónis
 Con un borgoñon Alcides.

Al golpe que da parece
 Que Marte la espada vibre,
 Despida Belona el asta,
 Y Jove el rayo fulmine.

Mas Guzman, ejercitando
 Velocidad increíble,
 Entra y sale, y no hay encuentro
 En que el frances no peligre.

El fiero batir confuso
 De los aceros que esgrimen,
 Hace al mas templado peto
 Que se quebrante y se trice.

Asi anduvieron gran pieza ;
 Pero ¿ quién sabrá aplaudirte,
 ; Oh Guzman ! en esta empresa
 Los hechos de armas que hiciste ?

Avergonzado Lalaing
 De que dura y no se rinde
 El jóven, con ambos brazos
 Y cuanta fuerza posible

Le fué, le descarga un golpe,
 Que el eco sordo repite,
 Haciéndole que un instante
 Desatinado vacile ;

Y en la despejada frente
 Pequeña herida le imprime,
 Con que el rostro matizó
 Sangre del Segundo Enrique.

; Mas no la pisada sierpe
 Allá en la bárbara sirte,
 Ni leon que la saeta
 Sintió en las anchas cervices,

Lanzando fuego los ojos
 Y precipitado embiste
 Por las puntas y los tiros
 De fulminante salitre,

Como arremete el Guzman,
 Da y hiere ; y tanto resisten
 Las armas, que la segur

En pedazos se divide.

Tira el borgoñon la suya,
Nueva esperanza concibe,
Y entrambos los combatientes
Desiguales fuerzas miden.

La corpulenta estatura
Del de Lalaing se distingue,
Que sobre el campeón de España
La altiva cabeza engríe ;

Pero si no hay en Castilla
Luchador que le compite,
¿ De qué el cuerpo agigantado
Al mantenedor le sirve ?

Los dos á brazo partido
Asiéndose con ardides,
El impulso de sus fuerzas
Hace que en círculo giren.

Saltan piezas de las armas,
Rompen las hebillas firmes,
Nube de polvo los cubre,
De sangre y sudor se tiñen.

Así como dos montañas
De agua, que en el golfo triste
Noto y aquilon impelen,
Y hacen que se arremolinen,

Que gran tiempo combatiendo
Estremecen todo el linde ;
Huyen al centro profundo
Tiburones y delfines,

Hasta que la ménos fuerte
Llega al fin á sumergirse,
Y esotra los anchos mares
Corre, alborotando libre :

Así combaten los dos ;
Pero el de Castilla insigne
Siente que el honor de España
En él entónces se cifre.

Y ardiendo en vergüenza noble
De heroico ardor se reviste :
Ase de nuevo al frances,
Y en sus brazos le constriñe.

Y aferrándole la gola

Con ambas manos le oprime,
Haciendo que el fuerte pecho
Descoyuntado palpite.

Dentro del yelmo se escuch
Roncos suspiros y tristes :
Cayó á tierra el gran coloso,
Dudando todos si aun vive.

Guzman, la rodilla al pecho,
Por si piedad no le pide,
Saca el brillante puñal,
Levanta el brazo invencible.

Pero don Juan el Segundo
El cetro de oro que rige
Tiró airado, y diligentes
Los padrinos los dividen.

Buen rey, vuestra señoría
Perdone, el mancebo dice ;
Que él es vano y afrentóme
Yo soy Guzman, y vencile.

El rey dió á Micer la ropa
Rozagante que se viste,
Y el vencedor medicinas,
Y un espléndido convite.

Sus deudos, al son marcial
De atabales y clarines,
Le acompañan y conducen
Al pié del trono sublime.

Turbado pregunta al rey,
Si habrá mas en qué servirle,
Y él le respondió : Guzman,
Como quien eres cumpliste.

QUINTILLAS

FIESTA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso

Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid ;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de léjos muchas de ellas :
Las mas apuestas doncellas
Que España entónces tenia.

Aja de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El morai cel de Alcabon

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fatima la preciosa
Hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
 Sus dorados miradores
 Que el arte afiligranó,
 Y con espejos y flores
 Y damascos adornó.

Añatiles y atabales,
 Con militar armonía,
 Hicieron salva y señales
 De mostrar su valentía
 Los moros mas principales.

¡ No en las vegas de Jarama
 Pacieron la verde grama
 Nunca animales tan fieros,
 Junto al puente que se llama,
 Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
 Ser lidiados aquel dia;
 Y en la fiesta que gozó,
 La popular alegría
 Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
 Y á Tarfe tiró por tierra,
 Y luego á Benalguacil,
 Despues con Hamete cierra
 El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
 Con uno y otro matiz
 Hecho un lazo por airon,
 Sobre la inhiesta cerviz
 Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
 Ofrecerle vencedor
 A la dama que servia :
 Por eso perdió Almanzor
 El potro que mas queria.

El alcaide muy zambbrero
 De Guadalajara, huyó
 Mal herido al golpe fiero,
 Y desde un caballo overo
 El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
 Que aunque tres toros ha muerto,

No se quiere aventurar ;
 Porque en lance tan incierto
 El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparia,
 Va á ponérsele delante :
 La fiera le acometia,
 Y sin que el rejon la plante
 Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado :
 Le embiste el toro de un vuelo,
 Cogiéndole entablado ;
 Rodó el bonete encarnado
 Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
 Á los de á pié que encontrara,
 El circo desocupando,
 Y emplazándose, se para,
 Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir :
 La plebe grita indignada,
 Las damas se quieren ir,
 Porque la fiesta empezada
 No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
 Y está en medio el toro fijo ;
 Cuando un portero que llega
 De la puerta de la Vega,
 Hincó la rodilla, y dijo :

Sobre un caballo alazano,
 Cubierto de galas y oro,
 Demanda licencia urbano
 Para alancear á un toro
 Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar
 Pero Zaida dió respuesta
 Diciendo que puede entrar ;
 Porque en tan solemne fiesta
 Nada se debe negar.

Suspense el concurso entero
 Entre dudas se embaraza,
 Cuando en un potro ligero
 Vieron entrar por la blaza

Un bizarro caballero,
 Sonrosado, albo color,
 Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieta ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el almete sube,
 Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
 De una cristiana primores,
 En el yelmo los plumajes
 Por los visos y celajes
 Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
 Con recamado pendon,
 Y una cifra á ver se alcanza
 Que es de desesperacion,
 O á lo ménos de venganza.

En el arzon de la silla
 Ancho escudo reverbera
 Con blasones de Castilla,
 Y el mote dice á la orilla
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
 El bruto mas generoso,
 De mas gallardo ademan :
 Cabos negros, y brioso,
 Muy tostado, y alazan.

Larga cola recogida
 En las piernas descarnadas,
 Cabeza pequeña, erguida,
 Las narices dilatadas,
 Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
 Que da Bétis con tal fruto
 Pudo fingir el deseo
 Mas bella estampa de bruto,
 Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor :

Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor :
¡ Aláh te salve ! decían,
¡ Déte el Profeta favor !

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente :
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira :

Señora, sueños no son ;
Asi los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de Leon,

Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quién es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés :
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.

Y supo, que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apénas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno la cerca :

Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido :
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pió,
Y sus doncellas detras :
El alcaide que lo ve,
Enfurecido ademas,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid :
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel :
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió :
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada ;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento ;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido ;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso !
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama así fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépido tronante
De sonora tempestad ;

Como el bruto se abalan
En terrible ligereza ;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
Ó el monte y valle se hundía.

Á caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba :
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo :

Sultana, aunque bien entiendo
 Ser favores excesivos,
 Mi corto don admitiendo ;
 Si no os dignáredes ser
 Con él benigna, advertid
 Que á mí me basta saber
 Que no le debo ofrecer
 A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
 Dijo, y turbada : Señor,
 Yo le admito y le venero,
 Por conservar el favor
 De tan gentil caballero.

Y besando el rico don,
 Para agradar al doncel,
 Le prende con aficion
 Al lado del corazon,
 Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
 De envidia ardiendo se ve,
 Y trémulo y amarillo,
 Sobre un tremecen rosillo
 Lozaneándose fué.

Y en ronca voz, castellano,
 Le dice : Con mas decoros
 Suelo yo dar de mi mano,
 Si no penachos de toros,
 Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra,
 Al valor que dentro encierra
 Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,
 Respondo, y la lanza al ristre
 Pone, y espera á Aliatar ;
 Mas sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prision pedia,
 Cuando se oyó en los distritos
 Del monte de Leganitos

Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acerca, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir :
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido.
Se templó disimulando ;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid (1).

EPIGRAMAS

I. — FILENA DEVOTA.

De imposibles santa Rita
Es abogada, y Filena
Con devocion muy contrita
Reza á la santa bendita
Á fin de que la haga buena

(1) En el concepto de los inteligentes esta es la composicion mas acabada del autor; ella sola bastaria para dar celebridad á un poeta, y merece proponerse por modelo en su género, que si ha tenido despues aventajados secuaces, nada ha producido que pueda compararse con este bellissimo y animado cuadro, lleno de imaginacion, de sentimiento y de verdadera poesia.

II. — CORRECCION OPORTUNA.

Anda, que con un indiano
 Se casa Marica Pérez;
 Pero es indiano que va,
 Que no es indiano que viene.

III. — LAUDABLE TEMPLANZA.

Ayer convidé á Torcuato
 Comió sopas y puchero,
 Média pierna de carnero,
 Dos gazapillos y un pato.
 Doile vino, y respondió:
 Tomadlo por vuestra vida,
 Que hasta mitad de comid
 No acostumbro á beber yo.

IV. — SABER SIN ESTUDIAR.

Admiróse un portugues
 De ver que en su tierna infancia
 Todos los niños de Francia
 Supiesen hablar frances:
 Arte diabólica es,
 Dijo, torciendo el mostacho,
 Que para hablar en gabacho
 Un hidalgo en Portugal
 Llega á viejo, y lo habla mal;
 Y aquí lo parla un muchacho.

V. — REFLEXION MORAL.

La calavera de un burro
 Miraba el doctor Pandolfo,
 Y enternecido exclamaba:
 ¡Válgame Dios, lo que somos!

VI. — LA LENGUA PATRIA.

Pregúntasme, ya lo veo,
 Camilo, por qué escribí
 Como el preste de Berceo :
 Respondo, porque nací
 Entre el mar y el Pirineo.

VII. — EL GRAN TEATRO.

El mundo comedia es,
 Y los que ciñen laureles
 Hacen primeros papeles...
 Y á veces el entremes.

VIII. — DORISA ENOJADA.

Enojada estás, Dorisa,
 Y no obstante, tu afliccion
 Mas que nunca se divisa :
 No te dé el cielo ocasion
 Por donde moverte á risa.

IX. — DE UN VIZCAÍNO.

En Madrid un vizcaíno
 Admirado se quedó
 Cuando pequeñito vió
 Tanto muchacho doctrino.
 Despues de veinte años vino,
 Y como ellos se parecen
 Mas cuidados le merecen;
 Y espantado dijo á dos :
 Juras demonias de Dios,
 Que estas muchachos no crecen.

X. — Á UNA DAMA.

Me pienso ya el mas feliz
 De cuantos fueron y han sido,
 Pues en suerte me has caido,
 Bizarra y bella Beatriz :
 Humillase mi cerviz
 De muy buena voluntad,
 Y te digo de verdad
 Que es mi gusto tan extraño,
 Que aunque me has caido en año
 Has de ser mi eternidad.

DÉCIMAS

EN LA BODA DE UN SARGENTO MAYOR (1).

Celio estaba confiado
 En sus pasadas victorias ;
 Pero nadie cantar glorias
 Puede hasta haber acabado
 No le venció Marte airado,
 Mas si un niño enredador,
 Porque vencerá el amor
 Á sargentos superiores,
 Si los hubiera mayores
 Aun que el sargento mayor.
 Preciábase de invencible,
 Y Amor fiero é insolente
 Dijo : no ha de haber viviente
 Á quien yo no sea temible :
 Juzgó vencerle imposible ;
 Y así armó treta gallarda,
 No desembrazó alabarda,

(1) Aunque algunas de las composiciones que insertamos, comparadas con otras de mérito superior, podrán parecer algo flojas, ya por la ejecucion, ya por la calidad de los asuntos que prestan poco, siendo estas en tan corto número, no nos ha parecido conveniente suprimirlas, en menoscabo de una coleccion que deseamos salga tan completa como es posible.

Ni balazos le tiró :
 Por flechas le disparó
 Los dos ojos de Bernarda.
 Ellos solos por despojos
 Á Celio pueden tener,
 Y él solo pudo ceder
 Á tan soberanos ojos ;
 Con recíprocos antojos
 Los dos el alma han sentido,
 Y así en este lance han sido,
 Sin contradiccion alguna,
 Iguales en la fortuna
 El vencedor y el vencido.
 Trueca, beldad soberana,
 Pues Vénus te hace hoy mujer,
 Por su lícito placer
 La austeridad de Diana ;
 Y tú, esposo, á quien se humana
 Deidad que pudo ensalzarte,
 Sin temor puedes llegarte,
 Verás cuánto son mejor
 Las dulces guerras de Amor,
 Que los horrores de Marte.

SONETOS

I. — RESISTENCIA INÚTIL.

Tiróme Amor de su carcaj luciente
 Una amorosa jara penetrante :
 Resistíla valiente y arrogante,
 Pues quien resiste á Amor sólo es valiente.
 Con mi constancia altivo é insolente
 Volvió á cimbrar el arco fulminante
 Disparando á mi pecho de diamante
 Hasta quedar sin municion ardiente.
 Empeñóle á vencer mi inobediencia ;
 Tiróme el arco y el flechero de oro ;

Mas viendo que aun no basta su violencia
 Se entró en mi corazon : ya amante lloro.
 Cedió, por fin, mi heroica resistencia ;
 Piedad, ninfa, piedad, pues que te adoro.

II. — PODER DE AMOR.

Aunque en abril y marzo las canales
 Padezcan supresion ó mal de orina,
 Aunque pronuncien cárcel y paulina,
 Vestidos de rigor los tribunales ;
 Aunque los tamboriles ó atabales
 Roncos publiquen guerra y chamusquina,
 Aunque á la flota en tumba cristalina
 Sepulte el ponto haciendas y metales :
 Nada es bastante á perturbar la fija
 Quietud poltrona en que á vivir me allano,
 Ni hay aprension, ni antojo que dirija
 Mi albedrío absoluto, soberano :
 Nada tiene este mundo que me aflija ;
 Sólo el Amor : maldígale Solano.

III. — Á LEANDRO.

(Imitacion de Marcial (1).

Del mas constante amor nave y pirata,
 Faluca ardiente, y bergantin amante,
 Intrépido, amoroso y arrogante
 Boga Leandro en piélagos de plata.
 Mas ¡ ay ! que inquieto el euro se desata :
 Gime el ponto con silbo resonante,
 Y al viviente batel ya fluctuante
 Atropella, sumerge y arrebatá.

(1) *Martialis, De Spectaculis, XVIII.*

Quum peteret dulces audax Leander amores,
 Et fessus tumidis jam premeretur aquis ;
 Sic miser instantes affatus dicitur undas :
 Parcite, dum propero ; mergite, dum redeo.

Viéndose de la muerte amenazado,
 Á las ondas con voz entristecida
 Así clamaba el jóven desdichado :
 Perdonadme (les dijo) ahora en la ida;
 Y sofocad mi aliento fatigado
 En volviendo de ver á mi querida.

IV. — LIBERTAD PERDIDA.

Cual gira el soto, de temor exento,
 El bruto que le asorda con bramidos,
 Si los yugos huyó desconocidos
 La alta cerviz, no usada al sufrimiento;
 Así en dichosa libertad contento,
 No viendo mis espíritus rendidos,
 Cayeron mil arpones rebatidos
 Del que en lágrimas hace su alimento.
 Mas cuando hallo que por violencia ó arte
 No es posible que siga su divisa,
 Ni lleve las cadenas que reparte ;
 Mira, dijo el Amor con falsa risa,
 Si me sobra poder para humillarte ;
 Y señaló á los ojos de Dorisa.

V. — JACTANCIA AMOROSA.

Dirán otros amantes venturosos,
 Que en el tiempo feliz que ellos amaron
 Un disgusto siquiera no pasaron,
 Ni sufrieron desdenes rigurosos ;
 Que no sintieron celos venenosos,
 Ni en la imaginacion se les pasaron ;
 Que con fortuna pródiga lograron
 Del amor los contentos deliciosos :
 Dirán que entre mil ámbares sabéos,
 En blando catre, ó en mullida cama
 Saciaron apetitos y deseos ;
 Que apagaron con júbilo su llama ;

Que alcanzaron victorias y trofeos;
Mas no que amaron tan hermosa dama.

VI. — ESQUIVEZ DE DORISA.

¡ Oh Eresma, que por madre retorcida
Caminas presuroso hácia el ocaso,
Juzgando que te viene el tiempo escaso
Para acabar en Duero tu partida!

Humilde te suplico por tu vida
Que detengas un poco el veloz paso,
Y digas de quién huyes. ¿ Es acaso
Del hermoso desden de mi querida?

Si, respondió un triton con espantable,
Ronca, sonora voz y faz terrible;

Porque aunque á su beldad, sacra, admirable,
Dejarla de adorar es imposible,

Su altivo, riguroso é implacable
Fiero desden tambien es insufrible.

VII. — RECONVENCION Á DORISA.

Si tanto te impacienta que te quiera,
De tu propia beldad, Dorisa avara,
¿ Por qué me consentiste que te hablara?
¿ Por qué ocasion me diste á que te viera?

Si una vez que te vi imposible era
Que tus divinas luces no adorara,
¿ Por qué hiciste, crüel, que me abrasara
El amoroso fuego de tu esfera?

No culpes de mi amor la vigilancia,
Culpa en verme tus muchas impiedades,
Tu vista fué ocasion de mi arrogancia;

Y así, ó bien te enfurezcas, ó te apiades,
Te condena el teson de mi constancia
Á sufrir mi cariño eternidades.

VIII. — ATREVIMIENTO AMOROSO.

Amor, tú que me diste los osados
 Intentos y la mano dirigiste,
 Y en el cándido seno la pusiste
 De Dorisa, en parajes no tocados;
 Si miras tantos rayos, fulminados
 De sus divinos ojos contra un triste,
 Dame el alivio, pues el daño hiciste
 Ó acaben ya mi vida y mis cuidados.
 Apiádesse mi bien. Dila que muero
 Del intenso dolor que me atormenta;
 Que si es tímido amor, no es verdadero;
 Que no es la audacia en el cariño afrenta,
 Ni merece castigo tan severo
 Un infeliz, que ser dichoso intenta.

IX. — AMOR CONSTANTE.

Dos veces vi la hermosa primavera
 De rosas y jazmines coronada,
 Que la hicieron cantando á la alborada
 Mil avecillas salva placentera :
 Dos veces vi las mieses en la era,
 Y al padre Otoño la cabeza ornada
 De pámpanos alegres, y la helada
 Bruma dos veces empañó la esfera,
 Despues, Dorisa, que tus ojos bellos
 Dieron al triste corazon cuidado
 Y redes me tejieron tus cabellos,
 El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
 No tus rigores, que amedrenta el vellos...
 Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

X. — APLAUSO Á DORISA.

Bendita sea la hora, el año, el dia,
 Y la ocasion, y el venturoso instante,

En que rendí mi corazón amante
 Á aquellos ojos donde Febo ardía.

Bendito el esperar, y la porfía
 Y el alto empeño de mi fe constante,
 Y las saetas y arco fulminante
 Con que abrasó Cupido el alma mía.

Bendita la aflicción que he tolerado
 En las cadenas de mi dulce dueño,
 Y los suspiros, llantos y esquivaces,
 Los versos que á su gloria he consagrado
 Y han de vencer del duro tiempo el ceño,
 Y ella bendita innumerables veces.

XI. — DORISA EN TRAJE MAGNÍFICO.

¡Qué lazos de oro desordena el viento
 Entre garzotas altas y volantes!

¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
 De luz, que envidia el sacro firmamento!

¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento
 Puso, y de allí fulmina á los amantes
 Absortos al mirar sus elegantes
 Formas, su delicioso movimiento!

¡Qué vestidura arrastra, de preciado
 Múrice tinta y recamada en torno
 De perlas que produjo el centro frío!

¡Qué extremo de beldad, al mundo dado
 Para que fuese de él gloria y adorno!
 ¡Qué heroico y noble pensamiento el mío!

XII. — MODESTIA DE DORISA.

Baja los ojos mi Dorisa hermosa
 Por no mirarme, con vergüenza, honesta,
 Y en muy breves palabras da respuesta
 Á una larga cuestión artificiosa.

Mas si de enamorada ó envidiosa
 Los vuelve á alzar, y halla mi vista puesta

Siempre en la suya, tímida y honesta
 Vuelve á bajarlos, ni moverlos osa.

Y al encontrar los suyos con los míos,
 De purpúreo color el rostro bello
 Con rubor casto y virginal enciende ;

Y la añaden tal precio sus desvíos,
 Que ni piensa arribar á merecello,
 Ni hay voz que diga lo que el alma entiende.

XIII. — DORISA MUDABLE Y HERMOSA.

¿ Temes, acaso que indignado ahora,
 Al ver la ingrata y fiera alevosía,
 Procurando venganza el alma mia
 Con ira que excitó tu accion traídora,
 Acusará mi voz de engañadora,
 Que ensalzó tu belleza y gallardía,
 Y diré, que en pintarla procedía,
 Como todo amator que ciego adora ?

¡ Ay! no el exceso fué de mi fineza,
 Ni mintió el labio con amante anhelo,
 Cuando alabó tu perfeccion, ¡ perjura !
 Pues, siendo asombro en la naturaleza,
 Para mi perdicion te formó el cielo
 Monstruo de ingratitud y de hermosura.

XIV. — DORISA INGRATA.

Un alto y generoso pensamiento,
 Inspiracion del cielo soberano,
 Me puso la aurea citara en la mano
 Para cantar el dulce mal que siento.

Y fué tan grato el sonoro acento,
 Que la ancha vega, el apacible llano
 Y el cavernoso monte carpentano
 Mostraron compasion de mi tormento.

Turbóse el rio de cerúleo manto,
 Oculto entre los álamos sombríos,
 Al ver su cisne lamentarse tanto.

Moviéronse los brutos mas impíos,
Y los ásperos troncos á mi llanto ;
Y no la que causó los males mios.

XV. — FUNESTO RECUERDO.

Hoy vuelve el cielo á recordarme el dia
Fatal y triste, en que miré postrada,
Con duros eslabones amarrada,
La indómita hasta allí libertad mia.

¡ Ay, cómo me estremezco todavía,
Sólo en pensar de aquella Circe airada
La vista fascinante envenenada,
Que trasformado en bruto me tenia !

Vosotros, que escucháis mi canto ahora,
Imaginad qué tales habrán sido
Mis males, y mi pena angustiadora ;

Pues con haber sus lazos ya rompido,
La memoria no mas, vil y traidora
Me conturba aun el alma y el sentido.

XVI. — EL ESCARMIENTO.

Si fuese que despues del fatal dia
Que oscurezca á mis ojos la luz pura,
De mi larga jornada y mal segura
Quiere alguno emprender la áspera via,
¡ Ay, escarmiente en la desdicha mia !
La huella observe en lóbrega espesura,
Con lágrimas borrada ; y la amargura
No probará de su infelice guía.

No le engañen las rosas y azucenas,
El fresco arroyo, el floreciente prado,
Ni el acento de armónicas sirenas,

Ni el triste ejemplo de otro que ha pasado,
Ni el aparente fin de tantas penas...
Mire cuál premio el fiero Amor me ha dado.

XVII. — AVISO Á QUIEN AMA.

¿ Son estos los sagrados juramentos
 Que acompañaron la palabra dada
 Por Dorisa, á mis plantas humillada
 Con lágrimas, sollozos y lamentos ?
 ¿ La luna, el cielo, el sol, los elementos,
 Testigos de una fe tan mal guardada ;
 Los celos que mintió, cuando irritada
 Acusó de mudables mis intentos ?
 ¿ Las luces, que yo vi tan amorosas
 En mí fijarse llenas de ternura,
 Los labios, en ficciones abundantes ?
 ¿ Estas, las expresivas, alevosas
 Caricias que estudiaba la perjura,
 Son ?... Estas son. Escarmentad, amantes.

XVIII. — DESENGAÑO DE AMOR.

Verás, me dijo el flechador tirano,
 El extremo de gracia y hermosura
 Mayor que miró el mundo : criatura
 Que en la tierra desmiente el ser humano.

Yo te concedo amarla ; porque ufano
 Blasonar puedas en tu audaz locura,
 Que ninguno adoró deidad tan pura,
 Y presumirlo es pensamiento vano.

No por belleza igual Marte suspira ;
 Los dioses de sus orbes no han bajado
 Por ninfa tal, que adoracion inspira.

Ni tanta perfeccion han celebrado
 La griega, ausonia, ni la etrusca lira ..
 Mas nunca esperes merecer su agrado.

XIX. — AMOR PLATÓNICO.

No fué la rica, inestimable trenza
 Que al oro excede en las tartesias minas,
 Ni el matiz de encarnadas clavellinas

Que el rostro enciende en virginal vergüenza
 Ni aquella boca, que si á hablar comienza,
 Ámbar exhala entre las perlas finas ;
 Ni aquellas luces del amor divinas,
 Causa bastante que mi pecho venza ;
 Mas sólo el yugo fué que me asegura
 Tanta virtud y un alma soberana,
 Que ensalza al grande autor de tal hechura.
 Ni amé cosa mortal, ni la tirana
 Segur del tiempo perfeccion tan pura
 Puede volver en leve sombra y vana.

XX. — ALABANZAS DEL MATRIMONIO.
 (Traduccion de Goldoni.)

¡ Qué gusto que es tener la esposa al lado
 Y escuchar decir *papa* á los hijuelos !
 Del matrimonio muchos son los duelos,
 Mas los gozos son mas y en mayor grado.
 En el alegre ó en el triste estado
 Se truecan los consejos y consuelos,
 Y de los rojos labios sin recelos
 Se goza fiel deleite regalado.
 Y cuando llega ya la edad anciana,
 ¡ Oh cuánto alivia y cuán fiël se esmera
 De la consorte la piedad cristiana !
 ¡ Santo, púdico amor ! Antes que muera,
 Esta mayor felicidad humana
 Hazme lograr sólo una vez siquiera.

XXI. — EJECUTORIA DE LA VERDADERA NOBLEZA.

Si como tengo el padre noble, fuera
 El verdugo de Málaga mi padre,
 Y Flora, Lamia, ó Tais fuera mi madre,
 ¿ Qué culpa en ser su hijo yo tuviera ?
 Si uno al nacer los padres eligiera,
 Sin tener al oído quien le ladre,
 Que al mismo rey le pese ó que le cuadre,
 Nohay duda que por padre le escogiera.

Pues si pudo nacer un sin ventura
 El hijo del monarca y potentado,
 ¿ De qué es su vanidad y su locura ?
 Sepa que sólo es noble y es honrado
 Aquel que con verdades asegura
 Ser de sus mismas obras engendrado.

XXII. — Á UN PRESUMIDO

Si una mujer que tienes altanera
 No sabes gobernar, indigno Fabio,
 Y está, con tu permiso y con tu agravio,
 Notada por chocante y cotarrera,
 ¿ Por qué con faz hipócrita y severa.
 Fingiéndote estadista experto y sabio,
 Pretendes gobernar con necio labio
 De España la católica bandera ?
 ¿ Juzgas que son cazuelas y pucheros
 De Cárlos las fortísimas legiones,
 Ó como tu mujer los granaderos ?
 Y pues para mandarla aun no supones,
 ¿ Cómo quieres mandar soldados fieros,
 No mandando en tu casa aun tus calzones ?

XXIII. — DIFICULTADES DEL ESCRITOR.

Si escribo en verso heroico y elocuente,
 No me entienden los simples labradores ;
 Si humildes tonos canto de pastores,
 Me mira el docto con rugosa frente ;
 Si accion emprendo de Mavorte ardiente,
 Temblarán las doncellas sus horrores ;
 Si canto el frenesí de mis amores,
 No espero que á otro sino á mí contente.
 No sé en qué estilo adelantar procure,
 Ni dónde encontraré reglas ni modos
 Para que fama eterna me asegure.
 Sólo sé, que hallaré con mil apodos,
 Y que aun quien mas al arte el fondo apure
 Es imposible el contentar á todos

XXIV. — AL LECTOR.

Oh tú, cualquiera que del claro día
 Las horas blandas, mudas y ligeras,
 Faltando acaso á lo que hacer debieras,
 Gastas en repasar mi poesía ;

Si cuanto ves alabas á porfia,
 De necedad son muestras verdaderas ;
 Y si todos los versos vituperas,
 De envidioso tambien te argüiria.

Que hay muchas cosas malas, es sin duda,
 Y que hay algunas buenas, yo lo digo,
 Otras medianamente se disponen.

Lo bueno, y malo, y lo mediano ayuda ;
 Pero te hago saber, lector amigo,
 Que así todos los libros se componen.

XXV. — Á DON JUAN BAUTISTA CONTI, POR SU EXCELENTE TRADUCCION ITALIANA DE LA PRIMERA ÉGLOGA DE GARCILASO.

Las bellas ninfas del undoso río,
 En que halló cristalino mauseolo
 El hijo audaz del rubicundo Apolo,
 Quisieron escuchar al cisne mio ;
 Y dijo Febo : el instrumento fio
 Á tu destreza ; oh jóven ! pues tú solo
 Desde el oro del Tajo al de Pactolo
 Llevarás de este amor el cruel desvío.

Cantaste, Conti ; y á tu voz volvieron
 Atónitas las ondas á escucharte
 Las quejas de Salicio en son toscano.

Lampecia y sus hermanas no sintieron
 Mientras cantabas con dulzura y arte
 El precipicio del perdido hermano.

XXVI. — Á LA REINA MADRE EN LOS DIAS DEL REY.

Hoy que á luz distes al mayor monarca,
 Que reconocen climas y hemisferios ;

Á aquel, que en sus vastísimos imperios
Entrambos orbes poderoso abarca :

Mi humilde musa, que fiel se marca,
En vez de sumisiones, cautiverios,
Sentir hace en los ámbitos hesperios
El júbilo que alienta su comarca.

Goza, augusta Isabel, tan grande día,
Célebre en nuestra historia sin segundo,
Pues fué oriente del Sol que á España envía ;

Y aplauda con respeto muy profundo
Los años de este César mi Talía,
De este Alejandro, á quien se humilla el mundo.

ROMANCES HEROICOS

I. — A UN AMIGO EN SUS DIAS.

Rompa la voz el tímido silencio,
Que hasta aquí mi respeto embarazaba,
Y haga público el númen en cadencias
Lo que en ecos pudiera hacer la fama.

El torrente brillante de Aganipe,
Las ninfas halagüeñas de Castalia,
El Penéo, que en perlas desatado
Los Tempes fertiliza de Tesalia,

El Pindo bello, el célebre Parnaso,
Y toda la península de Acaya,
Con su fino piadoso patrocinio
Me influyan, me apadrinen y me valgan.

Hoy en el cielo angelicales coros,
Y en la tierra la Iglesia sacrosanta
La exaltacion celebran prodigiosa
Del sol amanecido en la Cantabria.

Hoy aplauden las glorias y virtudes
Del que supo tan bien ejecutarlas.
De aquel que sólo para ser tan santo
Informes pudo hacer en la campaña ;

De aquel valiente militar guerrero,
Que dejando del mundo las escuadras,

En basta ropa conmutó gustoso
La loriga, la cota y la coraza.

Hoy mi afecto rendido te desea
Tan grande bien, felicidades tantas,
Que por su muchedumbre se confiese
El guarismo incapaz de numerarlas.

Tan próspero y feliz el mundo todo
Te reconozca en fin, que juicio haga
Ser dispensable para ti el funesto
Decreto irremisible de las parcas.

Vive gustoso, y súbrete crecida
De placer y de dichas abundancia,
Con ese Adónis que te prestó el cielo,
Con esa Vénus que te dió la España ;

Con esa rosa que produjo el fértil
Verjel de la provincia castellana,
Y en hermosos pimpollos por el orbe
Multiplique el valor de su fragancia.

Y los dos en alegre compañía
Ninfas, nereidas, musas y nayadas
Os aplaudan, festejen y diviertan
Con cítaras, con trompas y con arpas ;

Y pidiendo perdon rendido el númen
Á tu benevolencia se avasalla,
Repitiendo lo dicho muchas veces
Con la lengua, la pluma y con el alma.

II. — Á UN AMIGO, DESDE SAN ILDEFONSO.

Porque cual en el Ponto
El infeliz Ovidio,
Sufriendo desterrado
Los enojos del César ofendido,
Que acaso me imaginas,
O Gabriel, imagino
En esta de miserias
Para mí pecador última Tíbur ;

En este inculto valle,
Guyos gigantes riscos
Son Cabeza-melera

El Chorro, Peñalara y Siete. picos ;

En este seno en donde

Sus nieves y sus frios

Temieran erizadas

Las árticas provincias de Calisto ;

En aquesta nevera,

En aqueste real sitio,

Mas malo que el de Troya,

Y peor que el tebano y numantino.

Por si aquí me imaginas

De la suerte que digo,

Con tu olvido recelo

A mi desatencion justo castigo.

Le temo, y le recelo,

Porque le he merecido,

Aunque en el mismo tiempo

De tu benevolencia me confío.

Pero al mirar mi ofensa,

Pero al ver mi delito,

Dudo si tu tijera

De nuestra amistad firme cortó el hilo.

Dudo ; pero ¿ qué dudo ?

Yo mi maldad repito ;

Pues nunca dudar pude

De tu fe, tu firmeza y tu cariño.

Creo , pero no creo

El que hayas incurrido

En olvidar al triste,

Que en el alma te tiene, aunque no ha escrito.

Antes que yo tal crea,

Creeré que haya tenido

Medusa, la gorgona,

De serpientes y víboras los rizos ;

Creeré que hay Quimera,

Y creeré que haya habido

Bajo de una doncella

Cachorros, que amedrente su ladrido ;

Cuadrúpedos varones

Por los pechos unidos,

Un hombre de tres cuerpos,

Y un trifucaze mastin en el abismo ;

Esfinge, arpías, y sierpes

De cuerpo desmedido,
 Gigante con cien manos,
 Y el guarda medio buey del laberinto
 Esto crearé primero,
 Que crea aun por resquicios
 Que pueda haber faltado
 La constancia fiel de tu cariño.

Entre los dos hay muchos
 Valles, m6ntes, caminos ;
 Pero al amor de véras
 Nunca jamas ausencias le han vencido.

Tú estás en la Armedilla,
 Yo estoy en este silo ;
 Tú estás en la Tebaida,
 Y yo en bosque peor que los de Egipto.

Aquí estoy desterrado,
 Y ya destituido
 De mirar los alegres
 Campos pincianos, para mí floridos.

Ya no veré en Pisuerga
 Las ninfas de aquel rio,
 En cuyas dulces aguas
 Repetí las locuras de Narciso.

Y en fin, ya de las leyes
 El gavilan oficio
 Renuncié ; pues no quiero
 Ciencia que ofende al pobre v salva al rico.

A estudios mas sublimes
 Desde aquí me dedico ;
 Y lo que la fortuna
 Hacer quiera de mí yo determino.

Aquí estaré esperando,
 Cual si fuera en el limbo,
 La piedad de los cielos
 Y el amparo eficaz de mis amigos.

Serán en este lance
 Sus acciones testigos
 Del que lo fué de véras
 Y el que en prosperidad lo fué fingido.

Ya del Verbo humanado
 Se acerca el natalicio,
 Feliz tiempo en que espera

Mi triste corazon tener alivio.

Ya á experimentar viene

En los hombres inicuos

Ingratitud quien sólo

Por verlos hace fuga del empireo.

Ya se sujeta el tierno

Omnipotente Niño

Á sufrir impiedades

De aquellos á quien viene á dar auxilio.

Ya por fin de Isafas

Se cumple el vaticinio,

Y ya de las Sibilas

Se admiran verdaderos los escritos.

Y ahora yo te deseo

Todo gusto cumplido,

Felicidad te anuncio,

Y tu bien solamente solicito.

Y ahora mandar puedes

Al mas constante amigo,

Que servirte desea,

Como por experiencia lo habrás visto.

Bajo la helada bruma

Este romance escribo,

Tiritando las manos,

Sonándome los dientes con el frio.

SILVAS

I. — DEDICATORIA AL LECTOR DE SU PERIÓDICO TITULADO *El poeta*.

Á ti, lector amigo,

Dedico yo las métricas tareas,

Y á solas yo contigo,

Porque piadoso seas,

Te quiero hablar un poco.

No me juzgues por loco

Al verme confesar que soy poeta;

Porque á desdicha tanta se sujeta

Quién pretende agradarte ;
Pues todo aquel que escribe,
¡ Oh lector! sólo anhela á contentarte ;
Si yo tal consiguiera,
¡ Qué dichoso sería !
A todos gusto diera,
Puesto, que á mi lector yo complacia,
Y miedo no tendria
De rígidos fantásticos censores,
Que cuanto ellos no han hecho
No juzgan de provecho,
Sin piedad despreciando á los autores.
Y está cierto, lector, que si supiese,
Que no me era posible
Que yo gusto te diese,
Y mi verso te fuese aborrecible,
Tanto que le arrojaras,
Y ni aun por él la vista tú pasaras,
Que no se cansaria
En buscar tu afición la musa mia ;
Porque puedo jurarte,
Que tal no emprenderia
Si acaso yo supiera
Que no hubiese de haber quien me leyera.
Pero porque es estilo entre pedantes
Cultas dedicatorias retumbantes,
Acudir á la historia,
Y copiarla en cualquier dedicatoria,
Y no sin voluntarias adiciones
De ciertos ó fantásticos blasones
Del Mecénas loado ;
Yo que me hallo de ti necesitado,
¿ Qué elogios llamaré ? ¿ Cuál alabanza
En mi labio hallará paso cerrado ?
Es tanta tu nobleza,
Que al mismo rey de España, ó lector pio,
Le igualas en grandeza,
Si acaso el rey leyese un verso mio.
Tú venciste un horrendo desafío,
Tú rendiste una plaza,
Como consta en la historia de Alcobaza.
Tú edificaste un rio con su puente,

Y tú eres descendiente
De Aquiles, de su padre y de su abuelo ;
Y hay cierto medallon en Portobelo,
Que se encontró con inscripcion vascuence,
Por el cual se convence
Que en tiempo del rey Wamba tus pasados
Hasta Italia vinieron derrengados,
Con el hijo de Anquises en cuadrilla,
Trayendo los penates á costilla.
En fin, de mi lector las alabanzas
Son tales, que no á tanto, ó pluma, alcanzas.
Tú eres el absoluto,
Á quien los sabios pagan su tributo.
Tú ultrajas ó tú premias
Cuantas obras trabajan
Con sudor las mas doctas academias.
Si tu aprobacion falta,
La musa se abatió mas grande y alta ;
Y tu voluntad sólo
La fama extiende en uno y otro polo ;
Porque tú lo has querido
El gran Virgilio es grande y aplaudido ;
Y como tú quisieras,
Cantar mis versos vieras
Por cuantos aman la española musa.
Ni te sirva de excusa
Para aceptar mis obras el asunto :
Yo te daré un conjunto,
Para que con tu gusto en él tropieces ;
Cantaré algunas veces
Á la sombra del mirto deleitosa,
Mi pasion amorosa,
Y las gracias que ostenta singulares
La ninfa angelical del Manzanáres.
Otras veces de yedra coronado,
En los grandes banquetes suntüosos,
Diré el vino estimado,
La fiesta y los manjares mas preciosos ;
Y á veces con zampona
Los sencillos amores
Que cantan en las selvas los pastores.
Ni dejarán mis versos olvidadas

Mil verdades certisimas, que inspira
 Á amar el eco de la dulce lira,
 Aunque tal vez, lector, por agradarte,
 Violentando mi genio en esta parte,
 Cantaré la pavana
 Al gruñir de la gaita zamorana;
 Y aun viendo que esto abonas,
 Fandangos, zarambeques y chaconas.
 Ni tampoco se excusa
 De el vicio reprender mi estoica musa.
 Y alabarán mis versos numerosos
 La patria, y á sus hijos mas famosos.
 Y acaso, acaso con horrenda trompa,
 Haciendo que furioso el aire rompa
 El ímpetu sonante,
 Tronaré guerra, escándalo y horrores,
 Cantando en Cozco al español triunfante.
 Si recibes, lector, con mil amores
 Lo que con ellos de verdad te ofrezco,
 Juzgaré que merezco
 Aplauso universal y alta alabanza,
 Pues dar gusto al lector mi musa alcanza ;
 Y juzgaré por vano
 Cualquier juicio que forme
 Quien mis versos no lea
 Porque ¿ qué ha de juzgar quien no me vea ?

II. — Á LAS BODAS DE LA INFANTA DE ESPAÑA
 DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON CON EL ARCHIDU-
 QUE DE AUSTRIA PEDRO LEOPOLDO.

Ven, Himeneo casto,
 Hijo de Urania bello,
 Que al tálamo las vírgenes conduces.
 Ven con ligero paso,
 Suelto el rubio cabello,
 Con la antorcha nupcial que arroja luces ;
 Y cuando el aire cruces,
 Por toda su distancia
 Esparce la fragancia
 Á amar el eco de la dulce lira,
 Del cinamomo indiano : de esto sea

La esplendorosa tea.
 Ven, ¡ oh mancebo alado !
 De rosas coronado
 Y de violetas, flor de los amantes,
 Y vengan los cupidos
 Con cítaras sonantes
 En coros divididos,
 Cantando alegres himnos y canciones,
 En alabanza justa
 De la función augusta
 Que hoy celebrarse veo.
 Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.
 Ven, y trayendo el velo delicado
 Para la nueva esposa,
 Con grada melodía
 Y voces de alegría
 Todo resuene el artesón dorado.
 Jamas á tan hermosa
 Deidad, en dulce ardor has inflamado,
 Y como linda, honesta,
 Al tálamo dispuesta
 De Leopoldo dichoso,
 Que ni el blason que hereda glorioso
 De la ilustre Alemania
 Y belicosa Hungría,
 Precia en mas que la mano de María.
 Las ninfas del Sebeto cristalino
 Con acento divino
 Cantan, cómo la vieron
 En cuna de marfil que ellas mecieron,
 Y cómo la enseñaron
 Las primeras razones que escucharon
 Pronunciar dulcemente
 Con labio balbuciente ;
 Y los juegos pueriles
 De sus bellos abriles ;
 Hasta que el cielo decretó que vaya
 Á la española playa,
 Dando paso oportuno
 Los cerúleos estanques de Neptuno.
 De náyades un coro,
 Pulsando con el plectro cuerdas de oro,



En las orillas del Danubio amenas
Que mueve entre metales sus arenas,
Conciertan por las anchas praderías
Mil danzas y armonías,
Celebrando al esposo ;
Y él, no sufriendo á su pasion reposo,
Con ellas alternando
Repite, suspirando
En amante deseo :
Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.

No así las de mi patrio Manzanáres,
Que en otro tiempo ufano
Salpicó el verde llano
De perlas que vertía,
Las veces que sus márgenes veía
Florecer con la planta
De la divina infanta.
Hoy, llenas de amargura,
Su ruego importunándola, procura
Detener la partida,
Diciendo con acento doloroso :
« Como la flor que en el verjel umbroso
Nace en sitio ignorado,
De espinas guarnecida,
Ni la toca el arado,
Ni de planta mortal se ve ofendida ;
Con blanda lluvia crece
Y el sol sus frescos tallos reverdece,
Los céfiros la olean,
Vírgenes y mancebos la desean ;
Mas cuando ya cortada
Pierde el aroma y la color preciada,
Ni las vírgenes bellas,
Ni los mancebos que la amaron ántes
La buscan anhelantes ;
Así miéntas intactas permanecen
Las jóvenes hermosas,
Son de todos queridas ;
Pero si en las delicias amorosas
De nudos conyugales
Olvidan los rubores virginales,
Ni los aplausos ni el amor merecen

De niños ni doncellas. »

Esto en vano la dicen, que el destino

La llama á las orillas

Del Istro deleitosas,

Que su semblante han de gozar divino,

Y allí se escuchan voces sonoras

Que repiten cantando :

« Cual vid desamparada,

Inculta y sola y sin robusto arrimo,

Sus estériles ramos dilatando,

Inútil crece y vive despreciada,

No enriquecida de su fruto opimo ;

Mas si á un olmo galan tiende los brazos,

Y en torno le circunda

Con amorosos lazos,

Bella se torna y próspera y fecunda :

Así la vírgen que los años pierde

En soledad esquiva,

Así la que gozó de su edad verde,

En dulce union, la gloria fugitiva.

« ¡ Oh, ven, alta princesa !

Que el cielo se interesa

En dar á la virtud premios debidos :

Cuando suene agradable á tus oídos

La risa bulliciosa

De un generoso infante,

Á sus progenitores semejante,

Que arbolando algun dia,

En fiera lid dudosa,

Los temidos pendones,

Con águilas augustas y leones.

Dará mas timbres á su estirpe clara.

Austria y Castilla le serán deudoras

De los triunfos que Mar'e le prepara,

Si acaudilla sus huestes vencedoras. »

Mas ya el Héspero viene :

Corre, estrella veloz, ¿ qué te detiene

Bajad los pabellones

¡ Oh cupidos ! y echad los aldabones

Á las doradas puertas,

Que ya presente veo

El instante feliz. Ven, Himeneo.

III. — AL CONDE DE ARANDA, CAPITAN GENERAL Y PRESIDENTE DE CASTILLA.

Cuando mis versos á la edad futura,
 El tiempo perdonándolos, trasciendan
 (Que el verso inmortal dura),
 Y las gentes entiendan
 Las alabanzas que me inspira Febo
 De este Escipion, de este Licurgo nuevo,
 De admiracion pasmadas
 Quedarán recorriendo
 Las edades pasadas,
 Con afan, entre muchas, distinguiendo
 Las prendas que tu mérito engrandecen,
 Ilustre Aranda. Y si al saberlas crecen
 Mas sus admiraciones;
 Varon sublime, exclamarán, sería
 Aquel que merecia
 Tantas aclamaciones.
 Que hizo feliz la edad que le ha logrado,
 Que el mundo aun por su fama le respeta,
 Que fué tan venerado,
 Que tanto asunto en él halló el poeta.
 No fué, señor, obsequio reverente,
 Ni ficcion ingeniosa y elocuente
 La que ha de hacer durables tus blasones;
 Glorias son verdaderas.
 No las dudéis, naciones,
 No, ciertas fueron, gentes venideras.
 Callaré tus primeras
 Juventudes que dieron
 Claro indicio de ti, cuando supiste
 En una y otra hazaña
 Las fieras huestes gobernar de España,
 Bajando á Italia, que temió su estrago
 Mas que cuando rompió los Alpes frios
 El héroe de Cartago;
 Y ya depuestos militares brios,
 Á los muros que el Vistula corona
 Paz y amistad llevaste
 El hijo de Filipo,

No hallando á tu virtud premio que baste
 Quiso, cerrado el templo de Belona,
 El cargo aligerar de tanto imperio
 En que ejercita el mando,
 De tu sublime rectitud fiando;
 Y uno y otro hemisferio
 Te ve de la española monarquía
 Númen justo, benigno y poderoso,
 Y ella por ti feliz patrocinada
 De los temidos filos de tu espada.

La gran Madrid, ornato y alegría
 Te debe, y paz. Su pueblo numeroso,
 Al ver que riges las soberbias gentes,
 De lenguas y costumbres diferentes,
 Con fácil yugo, tus aplausos canta,
 Y á tu nombre levanta
 Monumento inmortal, en donde unidos
 Coronan tu trofeo
 La espada, la balanza, el caduceo.

En tu escuela instruidos
 Los alumnos de Marte
 Templarán con prudencia la arrogancia
 (Que el valor se desluce en la ignorancia),
 Y siguiendo el católico estandarte,
 Siendo tú su caudillo esclarecido,
 Será el nombre temido
 De la nacion hispana
 Por cuanto ilustra el sol y el mar rodéa.
 Que ya te vió la gente lusitana
 En pertinaz peléa
 Desordenar falanjes poderosas,
 Y las torres de Almeida en llama ardiendo,
 Atropellar sus quinas generosas,
 Vencer terrible, y perdonar venciendo.

Otros, al son de cítara süave,
 Los ánimos feroces
 Templen con estudiadas armonías :
 Otros honor procuren, imitando
 Bellezas naturales,
 Dando espíritu al lienzo y piedras frias,
 O velen calculando
 De los astros la máxima distancia,

Ó del mundo el origen y la infancia :
 Que reprimir con ánimo prudente
 La malicia insolente,
 Dar justísimas leyes á la tierra,
 En paz segura prevenir la guerra,
 Ocupar en virtud la larga vida
 Que ya le tiene el cielo prometida
 (Temido y grato á la nacion que manda),
 Estas las artes son del grande Aranda.

Dicte, celeste Musa,
 Moral ficcion y número elegante
 Á quien aspire á merecer corona
 Por alegrar la multitud confusa
 Con el cómico verso ; otros, calzando
 El cecropio coturno,
 Suspendan los sentidos en nocturno
 Espectáculo trágico, que inventa
 Melpómene sangrienta.
 Otro repita con acento blando,
 Entre olorosas flores,
El dulce lamentar de dos pastores.
 Otro ensalce los timbres que engrandecen
 Á Hesperia belicosa ;
 Que si tanto merecen,
 Aranda insigne, los esfuerzos mios,
 Y dócil á mi voz se presta Apolo,
 Tú bastas á mi cítara. Tú solo
 Serás por mi cantado
 Con alabanza justa,
 Que ha de triunfar del tiempo arrebatado,
 Y de la envidia y de la parca adusta.

— Á DON IGNACIO BERNASCONE, EXCELENTE EN
 LA ESGRIMA.

Los que á su dulce acento
 Las aguas en el rio
 Suspenden y las aves en el viento,
 Celebren de la olímpica palestra
 Los duros luchadores,

Ó la braveza diestra
 De los que en voladores
 Carros, ganaron de laurel corona,
 Ó la caballería
 Veloz que el siciliano suelo cria.

Que el hijo de Latona
 Quiso inspirar en mí mayor deseo.
 Cantar será mi empleo,
 Y ¡ oh, corresponda al gran sujeto el canto !
 Del diestro Bernascone la alta esgrima
 Y su invencible espada
 Que el vulgo ve con amarillo espanto,
 Y aquella gallardía,
 Don que á pocos el cielo igual envía.

Marte, dios de la guerra,
 En la grama nacido,
 Si desciende á la tierra
 Cubierto con las armas de Vulcano,
 Verá de envidia herido
 Al generoso atleta carpentano
 Presentarse en el llano,
 La diestra armada del terrible acero,
 Que al revolver ligero,
 Estrago anuncia inevitable y muerte.

En vano intenta el enemigo fuerte
 Por muchas partes acosarle, en vano ;
 Que por todas le encuentra defendido :
 La resistencia su valor inflama,
 Y triunfos le asegura
 Su brazo vencedor, nunca vencido.
 El rayo por los aires despedido
 De Jove poderoso,
 En tempestad oscura,
 No fué tan espantable,
 Ni causó aquel asombro pavoroso
 Que infunde disparada
 Su rápida y prontísima estocada.

Cual hiere desde lo alto
 El águila atrevida
 Al dragon escamoso, y alza el vuelo,
 Tal con ligero salto,
 Al dar la pronta herida

Brinca veloz, hallando estrecho el suelo ;
 Que todo se estremece
 Debajo de su planta,
 Y el polvo que con impetu levanta
 En torno le oscurece.
 Segura es su victoria,
 Y el aplauso, que en ecos resonantes
 Lleva su nombre al templo de la gloria.

Musas, pues no mayores fueron ántes
 Las istmias y neméas,
 Ni las pitias hazañas,
 En el afán circense,
 Dadme coronas de laurel febéas,
 Con que la frente adorne
 Al jóven matritense,
 Maravilla y honor de dos Españas ;
 Y estro divino, y número sonante,
 Para que en verso lírico le cante.

V. — AL INFANTE DON GABRIEL DE BORBON, DU-
 RANTE LA GUERRA DE ESPAÑA COM MARRUECOS.

Celestes musas de belleza eterna,
 Que las altas virtudes
 Engrandecéis con métrica armonía,
 Dadme la que solía
 Cítara lesbia resonar Alceo,
 Ó la lira dulcísima de Orfeo.

Garzon real, con atrevido canto,
 Lleno ya de su espíritu, levanto
 Sobre el círculo azul de las estrellas
 El jóven Gabriel, á quien las bellas
 Gracias de nardo y mirto coronaron,
 Cuando á Vénus miraron
 Dar suspiro doliente y amoroso ;
 Miétras él, de su afan no cuidadoso,
 Los bosques del Parnaso y la espesura
 Amó, y sus lauros y su fuente pura.

Virtud en él reside generosa,
 Que admira el hemisferio.
 ¡ Alma real, dignísima de imperio !

¿ Si cantaré primero la hermosa
 Tez sonrosada, los cabellos de oro,
 Ó el fulgor de sus ojos rutilantes?
 ¿ Ó si la gentileza y gallardía,
 Que Libia con temor está mirando,
 Mal segura en sus huestes arrogantes
 Y su caballería?

Suenan las trompas y hórridos cañones,
 Y al viento tremolando
 Verde pendon, que á dura lid excita,
 Del dueño de dos mundos
 El pueblo de Ismael la saña incita.

Y en tanto que su gente numerosa
 Llevar intenta á desigual batalla,
 Si acuerda de Gabriel el ardimiento,
 Duda cobarde en su dorado asiento
 El fiero Ben Audalla :
 No mande el padre que sus armas guíe,
 Y el África arenosa
 Reduzca á sujecion y vil tributo,
 Cuando á vencer le envíe,
 Y á los muros de Fez y Tarudante
 Estragos lleve, y escarmiento y luto.

Tanto promete en años juveniles
 El generoso infante,
 Que las prendas unió de sabio y fuerte,
 Huyendo el ocio y sus deleites viles.
 Tanto la patria espera,
 Y ¡ oh cisnes de Helicon!
 Mirad cuán digna al número y al canto
 Os da ocasion su mérito sublime;
 Que ya de las injurias le redime
 Del tiempo y de la muerte,
 Y de lauros eternos le corona.

VI. — AL CAPITAN GENERAL DON PEDRO CEBÁLLOS,
 POR SU GLORIOSA EXPEDICION Á LA COLONIA DEL
 SACRAMENTO.

Musa, cantemos al varon glorioso,
 Cuya fama sonando

Viene de las mansiones de occidente :
 De donde su corriente
 Vierte el Janeiro, rauda y espumoso.

El gran monarca hesperio,
 Desde el trono que ocupa, gobernando
 Al universo que le está adorando,
 Miró en otro hemisferio
 Menospreciar sus leyes,
 Y á la santa amistad con saña dura
 Rasgar la respetable vestidura ;
 La fe pública hollada,
 Implorar los auxilios de su espada
 Y bélica justicia ;
 Y llamando al blason de su milicia :
 Ve y vence, dijo, al luso fementido ;
 Y fué al punto el monarca obedecido.
 Porque ardiendo el soberbio castellano
 Con el ansia marcial de la victoria,
 Ganoso de alta gloria,
 Su armada entrega al móvil Océano.

Corre al mar con presteza
 El valor de la hispánica nobleza.
 La juventud del Ebro, la que alegre
 Baña sus cuerpos en el Cinca y Segre,
 Y ¡ oh Duero! de tu orilla
 La flor de los guerreros de Castilla.
 El ancho Guadiana
 Y el que en los móntes de Segura mana
 Guadalquivir famoso,
 Alistaron su pueblo belicoso.
 Y al escuchar la trompa resonante,
 La ribera del Júcar abundante,
 Y la del Tajo con arenas de oro,
 Dejan sus hijos (que detiene en vano
 De anciana madre el lloro),
 Por el puerto de Alcides gaditano.

Levan el ancla, y el cañon horrendo
 Con pavoroso estruendo
 Anuncia el buen viaje
 Que Neptuno concede en feliz dia,
 Y de nereidas grata compañía,
 Nadando alegres por las crespas olas,

Va siguiendo á las naves españolas.
 Ya surcan las marinas
 Del ardiente Brasil, rico de minas,
 Llevando desde Europa
 La fortuna de Cárlos en la popa ;
 Y ya ocupando la enemiga tierra
 Que al lusitano encierra,
 Quiere la suerte que su vista asombre
 (Valiendo por ejércitos su nombre)
 Al invasor audaz : pues viendo apénas
 De sus altas almenas
 Tremolar los pendones de Pelayo,
 Que listan cruces de oro,
 Á sus gentes turbó mortal desmayo.
 Cobarde abandonó la rica presa
 Y usurpado tesoro
 La fugitiva hueste portuguesa ;
 Alas la dió el temor, mas la seguía
 El adalid de España,
 Que el paso la estorbó de la montaña,
 Y á su patria y su rey dió en aquel día
 Nuevo renombre y gloria,
 Coronado del árbol de victoria.
 ¡ Oh Cárlos ! si la paz que siempre anhelas
 No le reduce á deponer la espada,
 Verás, que ya la América humillada,
 Tu gran caudillo las hinchadas velas
 Soltando al viento, el piélagó profundo
 Surca otra vez con resonante proa
 Hasta el opuesto límite del mundo.
 Allí tus leyes llevará triunfante,
 Tus armas y pendones,
 Sujetando á tus piés fieras naciones
 Con nuevos timbres que la fama cante.